

Conferenciantes durante la Asamblea general 2009

« PROFECÍA Y ESPERANZA »

- 234 Profetismo y esperanza: aspecto vicenciano
Padre Jean-Pierre Renouard, cm
Casa Madre, 20 de mayo de 2009

EXIGENCIAS DE LA MISIÓN

- 252 La colaboración
D. Mario Giro, responsable de las relaciones internacionales de la Comunidad San Egidio
Casa Madre, 27 de mayo de 2009
- 265 Respuestas a las preguntas de los miembros de la asamblea
D. Mario Giro, responsable de las relaciones internacionales de la Comunidad San Egidio
- 271 La colaboración en la familia vicenciana
Las « Caridades » y las Hijas de la Caridad: dos carismas al servicio de un único objetivo
Dña. Marina Costa, ex- presidenta de la AIC
Casa Madre, 27 de mayo de 2009
- 281 El diálogo inter-religioso
Hermano Thierry-Marie Courau, op, Director del ISTR (Instituto de ciencias y teología de las religiones)
Casa Madre, 27 de mayo de 2009
- 292 Respuestas a las preguntas de los miembros de la asamblea
Hermano Thierry-Marie Courau, op, Director del ISTR (Instituto de ciencias y teología de las religiones)
- 298 El diálogo ecuménico
Profecía y esperanza: los riesgos del diálogo ecuménico
Padre Yves-Marie Blanchard, Profesor de la facultad de teología y de Ciencias religiosas, miembro del grupo Dombes
Casa Madre, 27 de mayo de 2009

HOMILIA

- 309 La « luz de Pentecostés » (Eucaristía del 4 de junio de 2009)
Padre Grégory Gay, Superior general
- 312 Corta meditación para el 15 de agosto
Martin Luther

La conferencia de Sor Regina Bechtle, SC de New York, la encontrarán en el próximo Eco.

« Profetismo y esperanza:

Aspecto vicenciano

Casa Madre, 20 de mayo de 2009

“Por eso, suscitaré entre sus hermanos un profeta semejante a ti,

pondré mis palabras en su boca,

y él dirá todo lo que yo le ordene.

Al que no escuche mis palabras,

las que este profeta pronuncie en mi Nombre,

yo mismo le pediré cuenta”. (Deuteronomio, 18, 18-19)

¿Qué es un profeta? Literalmente es *"el que habla en lugar de"... "el vidente"*, me gustaría decir el 'clarividente'. Por esto es el "que habla", "el que proclama", el "portavoz". Para decirlo todo, es el hombre de Dios: *"el profeta responde a la necesidad constante de los hombres de descubrir el designio de Dios sobre la historia, grande o pequeña, colectiva o individual"*¹. Revela, explica los deseos de Dios e intercede por el pueblo. Señaliza el camino y abre perspectivas.

En la Biblia todos los profetas fueron defensores de la Alianza entre Dios y su Pueblo, servidores de la Palabra de Dios. Recuerdan el amor de Dios y la alianza hecha con su Pueblo. Son como balaustradas, *"centinelas"* según la expresión de Juan Pablo II y de Benedicto XVI. Advierten, aconsejan también, a los que continúan apartándose de Él y corren el riesgo de sufrir las consecuencias de su infidelidad. Con esta lógica, se oponen a los ricos y a los poderosos que aplastan a los pobres, o bien a los sacerdotes que arrastran a sus fieles a adorar a sus ídolos. El modo como Dios les habla es del orden de una experiencia espiritual, de una inspiración, de un secreto de amistad entre Dios y cada uno de los profetas. *«Dios habla a los profetas como habla a los hombres hoy, es decir, en lo más íntimo de su corazón. No se puede explicar la manera en que Dios se expresa, hay que vivirla para descubrirla... Se trata de un lazo sagrado, entre Dios y los hombres, de signos u otros secretos para los cuales los profetas han sabido encontrar gestos, palabras, expresiones.»*

Sin atreverme a repetir mal lo que les han explicado de manera eminente esta mañana, voy a arriesgarme a afirmar que el Profeta es un hombre entre los hombres, "portavoz" de Dios, porque un día fue llamado. Sus palabras tienen por misión reafirmar la Alianza entre Dios y su pueblo. Es el Servidor de la Palabra de Dios. Es signo del Amor de Dios, de su Alianza con los hombres."

"Mensajero del bien", que anuncia lo que debe actualizarse, que advierte antes de que llegue el mal, muestra los desvíos e indica el buen camino. Trata, por medio de la Palabra, de devolver la confianza en Dios al pueblo de su elección.

¿Cómo asumió san Vicente esta vocación? ¿Qué dijo y que nos dice todavía?

I. SAN VICENTE, PROFETA EN SU TIEMPO

San Vicente fue en su tiempo un profeta, un hombre invadido por Dios, preocupado por dar a conocer su proyecto de amor a los hombres, sobre todo a los más pequeños y olvidados y por sacar de ello las consecuencias para su bien. Su profetismo se inscribe en la textura bíblica que resumo con unos verbos: Denunciar- anunciar-amar- unir.

1° El hombre de la denuncia

Este título es intencionalmente provocante pero se refiere a la gran misión profética de san Vicente cuyo primer compromiso es denunciar el mal. Tenemos como prueba el episodio de Gannes - Follevilleⁱⁱ donde nuestro santo persigue en cierto modo el mal del siglo, la incredulidad y el pecado. Se da cuenta de que el hombre pecador tiene dificultad en la fe porque ésta carece de alimentación y de expresión sencilla y directa.

El campesino de Gannes experimenta la dificultad de la confesión. Aquel que pasa por un hombre de bien, *"uno de los mejores hombres de bien de su pueblo"*, no puede confesar su pecado a su párroco. *"Jamás se había atrevido"*. La proximidad humana del sacerdote deja que desear en la medida en que tiene dificultad para manifestar la misericordia al alma angustiada de su feligrés. La gestión de esta fe es insuficiente y requiere como una cura de rejuvenecimiento, una reapropiación del acto sacramental. El clima de la época es tal que la pobreza espiritual se manifiesta simbólicamente a través de este encuentro que se hizo público por la intervención de la Señora de Gondi. Pero es probable que san Vicente hubiera tenido ya la ocasión de encontrarse varias veces con este mal. La misma Señora de Gondi confiesa que tiene que pasar la fórmula de la absolución a través de la rejilla del confesionario para ser absuelta por sacerdotes ignorantes sobre el tema.ⁱⁱⁱ

Al dar amplitud a este encuentro de Gannes con el sermón de Folleville, san Vicente se muestra como un profeta. Y profeta del Amor. No condena, no suscita el miedo sino que invita a la reconciliación del hombre con Dios. Ciertamente, sí que tiene una expresión con un fondo interrogante sobre el contenido de sus exhortaciones: *" Sin embargo, yo no tenía entonces más que un solo sermón, al que daba luego mil vueltas; era sobre el temor de Dios"*.^{iv} Se trata de una época marcada por un relajamiento general y se impone una Reforma católica. Es el momento de responsabilizarse y el llamamiento a la conversión se va a generalizar con el concilio de Trento.

La expresión *"temor de Dios"* se emplea en sentido bíblico, por tanto no se trata simplemente de una emoción sino de una actitud estable de fidelidad a la alianza. *"Enseñar el temor del Señor" no es en absoluto suscitar el miedo, sino enseñar las oraciones y los mandamientos, iniciar una vida de confianza en Dios"*, explica un comentarista autorizado. Y es bueno recordar que, al igual que la sabiduría y la fuerza, el temor del Señor es un don del Espíritu Santo. Este mismo don se llama también humildad. Tememos más nuestra debilidad y nuestras resistencias que a Dios que actúa en nosotros. Temer al Señor, es reconocer en Él la fuente de todo bien y, en primer lugar, recobrar la amistad con Dios.^v

2. El hombre del Anuncio

Ya sabemos qué dinamizante es la palabra de san Vicente. Hace acudir a una multitud; pide ayuda a los jesuitas de Amiens. La fe recobrada de un hombre y su testimonio de viva satisfacción espiritual mueve a otros y son numerosas las personas humildes y sencillas que van a reconciliarse con Dios y a reconciliarse también entre ellas mismas.

Conocemos el impacto profético de esta intervención providencial: se repite la predicación, las primeras intervenciones se extienden como una mancha de aceite con el mismo éxito clamoroso.^{vi} Vicente,

por su parte, ha encontrado su misión con *"el primer sermón de la misión"*^{vii}. No sabía entonces las consecuencias de su trabajo, visibles todavía en nuestros días.

Hace un anuncio explícito del Evangelio del modo como hablará 350 años más tarde (¡disculpen el anacronismo!) el Papa Pablo VI: *"una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios"*^{viii}. Conocemos enfoques de la predicación de san Vicente que van en este sentido. En su conferencia sobre el catecismo, dice que *"el fin de toda predicación [es] atraer las almas hacia el cielo"* y, en el texto original, vemos que llegó a decir esta afirmación después de haber tachado la línea que había escrito: *"que el fin de toda predicación es retirar las almas del pecado y atraerlas hacia el bien..."*.

El P. Bernard Koch observa: *"el hecho de que haya tachado esto y lo haya reemplazado por "atraer hacia el Cielo", en seguida, sin necesidad de añadirlo interlínea, muestra que, desde aquella época, aun predicando sobre el pecado y el riesgo de ir al infierno, como leeremos un poco más adelante, prefería mostrar primero la perspectiva del amor de Dios y del cielo."* En un siglo marcado por el jansenismo naciente, esta óptica marcará toda su pastoral y su vida; para él, la evangelización jamás se reducirá a la moral o al temor del infierno; se empeñará en que se anuncie primero el centro de la doctrina de fe y de amor. Es el hombre de la bondad activa de Cristo que desborda de la misericordia del Padre.

Su predicación pretende ser, según su propia expresión *"a lo misionero"*. Parte del Evangelio y dice a sus cohermanos: *"Es preciso que la Compañía se entregue a Dios para explicar por comparaciones familiares las verdades del Evangelio, cuando trabaje en las misiones"*.^{ix} San Vicente, a ejemplo de Jesucristo, desea hablar con parábolas. Los autores no están más que *"para servir de confirmación a la Escritura"*^x. Su anuncio misionero es el de las *"verdades cristianas con la sencillez del Evangelio y de los primeros obreros de la Iglesia"*.^{xi} Su gran recomendación se condensa en una frase: *"seguir siempre y en todas las cosas las luces de la fe"*.^{xii}

Recomienda también lo que llama *"el catecismo para el encuentro"* y lo ve como el lugar de las más bellas revelaciones: *"Es conveniente comenzar con los tres misterios: la Trinidad, la Encarnación y el Santísimo Sacramento del altar, como los más necesarios"*.^{xiii}

En cuanto a la moral, la quiere *"familiar"* y capaz de edificar, no de destruir.^{xiv}

Vemos que sus consignas en materia de anuncio son la sencillez, la caridad, la humildad, la claridad, sin olvidar la fuerza; y resume bien su orientación de espíritu con la famosa expresión *"Obrar sencilla y familiarmente"*.^{xv}

Si tuviera que evocar a un profeta al contemplar a san Vicente misionero, pensaría en Amós, el más antiguo de los profetas, del segundo cuarto del siglo VIII (a. de C.) vivió durante el reinado de Jeroboam II y de Ozías; natural de Judá debe predicar a Israel. Lejos de ser inculto y analfabeto, este pastor atípico es el profeta de la predilección de Dios por Israel. Más allá de sus amenazas pedagógicas, recuerda las exigencias de la Ley y la que regula los derechos de los pobres y necesitados y anuncia a los ricos y a los sacerdotes el mensaje de Mateo 25, 40.

A pesar de sus revelaciones llenas de advertencias, Amós, como hará san Vicente, abre los corazones a la esperanza: cuando todo está perdido, Dios todavía puede perdonar, puede dar su gracia.

¿Quién no ve la actualidad de este doble mensaje y de estos dos mensajeros? ¿Quién no ve que, por vocación, hemos de ser ante todo los “relevos” de la misericordia de Dios?

3. El hombre del Amor

Los profetas hablan de amor, porque *"el Amor no es amado"*. Son primero y ante todo mensajeros del amor de Dios por su pueblo y los “relevos” de la ternura divina para el pueblo elegido y para todos los pueblos cuando el sentido de lo universal llega a la maduración. Como sabemos, san Vicente se destacó en este campo.

El primer testimonio de san Vicente es el del amor. Su vida no es más que amor y podemos repetir para resumirlo lo que él mismo dice de Cristo: *"Sus humillaciones no eran más que amor; su trabajo era amor, sus sufrimientos amor, sus oraciones amor, y todas sus operaciones exteriores e interiores no eran más que actos repetidos de su amor"*.^{xvi} San Vicente define el amor que Dios nos tiene y el que debemos demostrarle. Dios nos ama. Jamás duda de ello y nos lo dice claramente, con palabras familiares: *«Bien, ¡alabado sea Dios! ¡Alabado y glorificado por siempre! Sí, hermanos míos, cuando Dios coge cariño a un alma, la soporta, haga lo que haga. ¿No habéis visto alguna vez a un padre, que tiene un niño pequeño al que ama mucho? Le deja hacer a ese niño todo lo que quiere y hasta llega a decirle: “Muérdeme, hijo mío”. ¿De qué proviene todo esto? De que ama a ese niño. Pues lo mismo se porta Dios con nosotros, hermanos míos.*^{xvii} Pero Dios quiere que le amemos. Corazón abierto, hacer su voluntad, caridad en acto. Dice: *"Se trata de amarlo más que a cualquier cosa"*^{xviii}, y gusta repetir que la caridad hace que vayamos hacia Él.^{xix}

En consecuencia San Vicente nos muestra el buen camino. Si el amor de Dios y por Dios es la fuente de su vida, la caridad con el prójimo – *esto no es una revelación, todo el mundo lo sabe* - es el alma de su vida. Vive el Evangelio con fuerza y perseverancia. El Amor de caridad es el gran motor de su vida y de su acción. No hay necesidad de demostrarlo. Pero, sin duda, en estos tiempos de Asambleas generales, necesitamos oír de nuevo sus consignas, su mensaje.

Por lo que se refiere a nuestra vida, en el interior de la Comunidad, san Vicente había presentado muy bien el peligro de las divisiones y de las fracturas internas y da consignas muy oportunas en su conferencia del 30 de mayo de 1659 sobre la caridad, uno de los florones más bellos de la literatura vicenciana (XII, 260 - 276). San Vicente insiste en este principio de la doctrina tomista: *“Es más meritorio amar al prójimo por amor a Dios, que amar a Dios sin aplicación al prójimo.”* (XII, 261) Y argumenta que si tengo vocación de inflamar el mundo, debo *“inflamarme en amar a aquellos con los que vivo”*: *¿cómo daremos a otros la caridad, si no la tenemos entre nosotros?* (XII, 263)

En cuanto al exterior somos, a ejemplo suyo, los embajadores y artesanos del Amor hacia los pobres. ¿Qué no hizo por ellos? No es necesario enumerar lo que ustedes saben ya... San Vicente ha pasado al sentir popular como el santo de la caridad y todos los que han seguido su ejemplo lo han invocado como patrón y animador. Es un faro y un testigo. Y su enseñanza en este campo no tiene desperdicio:

« *Sirviendo a los Pobres se sirve a Jesucristo* ».

Es aquí donde encontramos, según san Vicente, la característica de su reflejo condicionado: Cristo pobre, representado por los pobres, que se dirige preferentemente a los pobres. Ahora bien, el pobre de su época es esencialmente el campesino, el labriego. Nada más natural por tanto que san Vicente vaya de

entrada hacia un Cristo trabajador, labrador, sembrador, observador de la naturaleza y de los seres tal como son. Espontáneamente se pone en simbiosis con los que penan bajo el peso del trabajo o de cualquier sufrimiento. Quiere ponerse al servicio de Aquel que se oculta en el enfermo, el extranjero, el dejado de lado, el olvidado, el abandonado, el herido de la vida o de los campos de batalla, el hambriento, el niño, el campesino arruinado por las epidemias o los barbechos; el galeote, el apestado, las personas ancianas, etc. Y hacia todos ellos envía a los suyos.

Todo esto es muy claro. San Vicente no se pierde en las nubes y no mira a un Dios que viene de lo alto sino que parte de abajo. El Cristo contemplado por san Vicente levanta a la humanidad desesperada y la atrae hacia arriba; saca al hombre de su miseria y lo diviniza. El abismo del Corazón del Jesús, tal como lo ve san Vicente, está hecho de todas las miserias del mundo. *“Ya sabéis que nuestro Señor quiso experimentar en sí mismo todas las miserias. “Tenemos un pontífice, dice san Pablo, que sabe compadecer nuestras debilidades, porque las ha experimentado él mismo”.* ^{xx}

Como he tenido ya la oportunidad de repetirlo según tantos testigos autorizados, ^{xxi} Vicente es el hombre de los pobres. Se le oye suspirar de cansancio y de amor: *“Los pobres que no saben adónde ir ni qué hacer, que sufren y se multiplican cada día, son mi peso y mi dolor”.* ^{xxii} Y se hace más categórico ante sus cohermanos reunidos, cuando les afirma: *“somos los servidores de los pobres. Dios nos ha elegido para ellos. Es nuestra ocupación principal, todo el resto sólo es accesorio”.* ^{xxiii} Y a ustedes, hermanas, les repite con mucha insistencia este tipo de comparaciones: *“somos servidores de los pobres, aunque indignos de ese honor”.* ^{xxiv}

Nuestro santo hace suya preferentemente la expresión categórica de Cristo glorioso que ha de juzgar a todos los hombres: *“Todo cuanto hicisteis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hicisteis”* (Mt 25, 40). A las primeras Hijas de la Caridad, les dice: *“los pobres son nuestros amos, son nuestros reyes”*, ^{xxv} son *“señores”* que invierten en cierto modo la situación establecida, ¡y con qué fuerza en pleno siglo XVII! La pirámide queda invertida y los primeros pasan a ser los últimos. Los ricos y los grandes de este mundo se ven llamados a servir.

Ya conocemos lo esencial de su pensamiento: pasar del amor afectivo al amor efectivo; valorar los dos en una síntesis totalmente evangélica. No contentarse con buenos sentimientos sino *“tener una piedad de mangas remangadas”*, como solía decir el querido Padre Jean Morin, lo que es una transcripción moderna de *“el sudor de nuestra frente y el esfuerzo de nuestros brazos.”* *“Toda nuestra obra está en la acción”* ^{xxvi}. Con la única precisión que jamás hay que omitir: la acción es compromiso con los pequeños y la unión con Dios es su motor.

Podríamos decir, a este respecto, que el profetismo de san Vicente es el de los profetas bíblicos que viven lo que dicen, por ejemplo Jeremías, Ezequiel, Zacarías, Oseas... Sus anuncios gestuales y vitales (¡más de treinta!) preceden o acompañan a sus anuncios; estos anuncios son creíbles porque son portadores de lo que estos profetas viven. San Vicente es testigo tanto por su trabajo y por su vida, como por su mensaje. Hace lo que dice. Un último ejemplo: a sus 72 años ^{xxvii} todavía predica misiones y afirma que le gustaría morir *en un chaparral* ^{xxviii} *o en el barco* ^{xxix}, lo cual es testimonio de un profetismo comprometido. Estamos tan acostumbrados a un san Vicente que enseña, que corremos el peligro de olvidar que es un hombre con los pies en el suelo, que trabaja, que hace lo que dice, que es un misionero y un servidor activo. Habla más por lo que hace que por lo que dice. Reducirlo únicamente a sus escritos sería reductor y culpable.

4. El hombre de la Unión

El profeta es animador de la Alianza. Recuerda el compromiso seguro de Dios para con su pueblo y no cesa de repetir a este pueblo que está obligado a vivir su propia fidelidad, a pesar de sus traiciones y desvíos. *Unir* es una palabra esencial y emblemática en todo profeta. Reunir, unir, juntar, acercar, en

resumen, *unir* es una preocupación de san Vicente. Es el hombre de la unión.

Reúne a mujeres de buena voluntad – la mayor parte casadas- para hacer de ellas las pioneras de la AIC de hoy y darles un reglamento donde queda patente el trabajo en equipo.

Reúne a sacerdotes y laicos de buena voluntad para responder a las necesidades cada vez más apremiantes de la misión y de la formación, y los organiza en comunidad de pensamiento, de oración, de intercambio y sobre todo de acción.

Participa activamente en el hecho de reunir a mujeres destinadas a una vida consagrada que la Providencia y la tenacidad de santa Luisa de Mariílla había reunido para pasar de la "*pequeña bola de nieve*"^{xxx} a la gran Compañía de las Hijas de la Caridad, cuya cumbre numérica tuvo la alegría de conocer en los años sesenta.

Reúne a hombres de buena voluntad para que se asocien con los misioneros y empleen a hombres de talento. Podemos pensar en los distintos misioneros que fueron miembros de las Conferencias de los Martes en París o en provincias. Con algunos cohermanos, Jacques -Bénigne Bossuet predicó en Metz y con Jean-Jacques Olier en las tierras de su Abadía de Pébrac.

San Vicente reagrupa a hombres que desean prepararse para el sacerdocio ayudándoles con "*los retiros de los ordenandos*" y contribuye activamente a la apertura de seminarios mayores.

Piensa en los niños y crea "*las escuelitas*", y al otro extremo de la cadena, piensa en los matrimonios ancianos y establece "*los pequeños hogares*".

Reúne a los sacerdotes que desean formarse e imagina y pone en marcha "*las conferencias de los martes*"; igualmente comienza "*los ejercicios para los ordenandos*".

Asocia a personas de buena voluntad para que ayuden en las Provincias devastadas y establece redes y sistemas de información ("*las relaciones*") para obtener la ayuda de los ricos.

Podemos pensar en su extensa red de correspondientes (papas, reyes, príncipes, religiosas y otras mujeres, cohermanos, laicos de muchas clases); podemos igualmente analizar sus relaciones con la Compañía del Santísimo Sacramento, con las fundadoras de nuevas Congregaciones; recordamos su acción firme en el Consejo de Conciencia, con el deseo de participar en la reforma de la Iglesia. Y de todo ello deducimos que san Vicente quiere 'reunir' (unir fuerzas) para ser más eficaz y tejer lazos sociales y evangélicos para mejor servir y evangelizar.

Para decir las cosas al modo de hoy: tenemos en germen el concepto y la realidad de "Familia Vicenciana". Estar unidos es ser eficaz, hacer realidad mejor "el amor efectivo".

Pero sus mismos objetivos de acción son en sí mismos unificantes y nos estimulan. Voy a dar dos ejemplos, dos pruebas de ello muy significativas.

- La primera se refiere a la finalidad de la Congregación de la Misión. Esto causó oleadas en la asamblea de *aggiornamento* de las Constituciones en 1979 y 1980. Fue necesario darse cuenta de la evidencia tan a menudo repetida por el fundador: "*nuestro instituto no tiene más que dos fines principales, esto es, la instrucción de la pobre gente del campo y los seminarios*".^{xxxi} Conocemos la complementariedad de los dos compromisos: formar sacerdotes y buenos sacerdotes supone trabajar en el mantenimiento de los frutos de la misión. Para unos pobres fortalecidos en su fe, (se necesitan) pastores aptos que les acompañen y hagan progresar. ¿Quién no ve la unión para una gran obra, la del progreso espiritual?

- Otro rasgo relativo a la 'unión', que conlleva una conexión muy importante y que les concierne a ustedes: «*El fin principal para el que Dios ha llamado y reunido a las Hijas de la Caridad es para honrar*

a Nuestro Señor Jesucristo como manantial y modelo de toda caridad, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los Pobres...». dice su Fundadora directa, Sta. Luisa. Y san Vicente, el co-fundador insiste: «Ahora bien, hijas mías, suplico a Dios, fuente de caridad, que os dé la gracia de aprender el medio de servir a los pobres enfermos corporal y espiritualmente». ^{xxxii}

Esta unión tiene valor de consigna y de presentación de la vocación de las Hijas de la Caridad. No hay que dissociar las dos clases de comida, "la corporal y la espiritual". ^{xxxiii} Esta unión constituye "el espíritu de la Compañía" ^{xxxiv}. A las Hermanas enviadas a Angers, en 1641, precisa el sentido de esta expresión empleada con relación a los enfermos: «corporalmente, sirviéndoles y administrándoles el alimento y las medicinas, y espiritualmente, instruyendo a los enfermos en las cosas necesarias para la salvación y procurando que hagan confesión general de toda su vida pasada, a fin de que por este medio los que mueran salgan de este mundo en buen estado y los que sanen formen la resolución de no ofender nunca a Dios» ^{xxxv}. Por tanto San Vicente tiene claro que la evangelización es parte constitutiva del servicio.

Y esto es tan verdadero que dice a los miembros de la Congregación de la Misión, a la inversa, que no deben excluir el servicio directo a los pobres bajo el engañoso pretexto de una vida misionera activa o de un trabajo en los seminarios: «Nuestra pequeña compañía se ha dado a Dios para servir al pobre pueblo, corporal y espiritualmente, y esto desde su comienzo, de modo que al mismo tiempo que ha trabajado en la salvación de las almas por las misiones, ha establecido un medio para aliviar a los enfermos mediante las cofradías de la Caridad». ^{xxxvi} Sabemos que algunos cohermanos hacían el oficio de enfermero, distribuidor limosnas, e incluso de enterrador.

Se alude aquí al desarrollo integral de la persona, aunque todavía se ignora este concepto.

II. ¿Y SI NOSOTROS FUÉRAMOS PROFETAS?

« ¡Ojalá quisiera Dios, dice el mayor de entre los santos, que todo el mundo profetizase! » (IV, 346 – 24 abril 1652)

¿Qué herencia vicenciana hay que poner hoy en marcha para hacer que vuelva a florecer la Esperanza, virtud teológica?

1. San Vicente lleno de Dios, se traiciona con sus palabras sobre lo que podríamos llamar su vida en Dios. Es claro que nuestro santo está lleno de Dios; y no es menos claro que está deseoso de comunicárselo a los que no lo conocen o lo conocen poco. Me gusta su anclaje en Dios que es la firma de la autenticidad de su profetismo. Y nos estimula.

Podemos leer un texto a menudo inadvertido, como una especie de confesión, una confesión sobre su capacidad de hacerse interior con la oración, la fuente de todas las audacias apostólicas y caritativas:

El jardinero

« Si no aprovecháis en la oración, no sacaréis mucho fruto de las conferencias; porque fijaos, mis queridas hermanas, como los jardineros se ocupan dos veces cada día para regar las plantas de su jardín, que sin esta ayuda se morirían durante los grandes calores, por el contrario, gracias a la humedad, sacan de la tierra su alimento, porque cierta humedad, nacida de este riego, sube por la raíz, fluye a través del tallo, da vida a las ramas y a las hojas, y el sabor a los frutos; de la misma manera, mis queridas hermanas, nosotros somos como esos pobres jardines en donde la sequedad hace morir todas las plantas, cuando el cuidado y la industria de los jardineros no se ocupan de ellas; por eso, tenéis el santo empleo de la oración, que como un dulce rocío va humedeciendo todas las mañanas vuestra alma por medio de la gracia que viene de Dios sobre vosotras. Y si os sentís cansadas de vuestros esfuerzos y de vuestras penas, tenéis de nuevo por la tarde este saludable frescor, que va dando vigor a todas vuestras acciones. ¡Cuánto fruto producirá una Hija de la Caridad en poco tiempo, si se preocupa de refrescarse con este sagrado rocío!

Veréis cómo va creciendo día a día de virtud en virtud, como ese jardinero que ve todos los días sus plantas, y al poco tiempo se irá levantando como la aurora que surge por la mañana y va creciendo hasta el mediodía. De la misma forma, hijas mías, llegará hasta alcanzar al sol de justicia, que es la luz del mundo, para abismarse en él, lo mismo que la aurora se pierde en el sol.” (*Conferencia del 1 de mayo de 1648 – Conf. Esp. N° 670*).

San Vicente es ante todo un hombre de Dios, profundamente anclado en Él, arraigado en Él; no olvidemos nunca que es un místico de la acción. Para él esta vida de intimidad con Dios es prioritaria y la encuentra con el ejercicio de la oración, exactamente como el deportista mejora sus realizaciones y su fuerza física por medio de entrenamientos repetidos, movimientos repetitivos, ejercicios de entrenamiento, calentamientos musculares o de agilidad. Recuerden lo que nos dice san Pablo: « *¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo y eso por una corona que se marchita; pero nosotros, en cambio por una que no se marchita*». ^{xxxvii}

¿Cómo nos encontramos nosotros acerca de este anclaje en Dios? Constatamos que trabajamos bien el jardín nuestra alma, que lo regamos por la oración y que contrastamos, por lo que a nosotros se refiere, la expresión vicenciana que nos estimula cada vez que la oímos: “*Dadme un hombre de oración y será capaz de todo*”^{xxxviii}? La pertenencia a Dios es prioritaria, es fuente viva del dinamismo de nuestra acción. Esquivar la respuesta a esta cuestión sería anular nuestra acción, aunque pretendiéramos que fuera profética...

2. San Vicente tiene también un vivo deseo de comunicar esta vida de intimidad con Dios a los hombres de su tiempo y, ya lo sabemos, a los más necesitados en los dos aspectos principales de su vida, el espiritual y el temporal. Si trata de profundizar su vida interior, es para mejor comunicar a los demás lo que vive, siente y cultiva. Le invade la pasión por el Reino en él y en los demás, y nos invita a este mismo entusiasmo. Recordemos lo que dice sobre el celo: *Es « un puro deseo de hacerse agradable a Dios y útil al prójimo. Celo de extender el reino de Dios, celo de procurar la salvación del prójimo. ¿Hay en el mundo algo más perfecto? Si el amor de Dios es fuego, el celo es la llama; si el amor es un sol, el celo es su rayo. El celo es lo más puro que hay en el amor de Dios*»^{xxxix}. Les invito a meditar sobre este texto que es una especie de confesión y que es de una extraordinaria actualidad para cada uno de nosotros:

El profeta misionero

“Bien, pongámonos de corazón en las manos de Dios; trabajemos, trabajemos, vayamos a asistir a las pobres gentes del campo que nos están esperando. Gracias a Dios, hay casas en las que casi siempre están trabajando, unas más y otras menos, en esta misión, en aquella, de esta aldea, a aquella otra, trabajando siempre, por la misericordia de Dios. Me acuerdo (¿es menester que lo diga?) de que antiguamente, cuando volvía de alguna misión, me parecía que, al acercarme a París, se iban a caer sobre mí las puertas de la ciudad para aplastarme; muy pocas veces volvía de la misión sin que se me ocurriera este pensamiento. La razón de esto es que pensaba dentro de mí mismo: “Tú vuelves a París, y hay otras muchas aldeas que están esperando de ti lo que acabas de hacer aquí y allá. Si no hubieses ido a aquella aldea, probablemente tales y tales personas, al morir en el estado en que las encontraste, se habrían perdido y condenado. Si has visto eso, y en aquella parroquia se cometen tales y tales pecados, ¿crees que no te encontrarás con los mismos pecados y que no se cometerán faltas semejantes en la parroquia vecina? Están esperando que vayas a hacer entre ellos lo mismo que acabas de hacer con sus vecinos; están esperando una misión, ¡y tú te vas y los dejas allí! Si entretanto mueren, y mueren sin haberse arrepentido de sus pecados, tú serás en cierto modo el culpable de su pérdida y has de temer que Dios te pida cuenta de ello”. (*Repetición de Oración del 25 de Noviembre de 1657 - XI, 316-17*)

¡Y aquí tenemos algo importante que nos atañe! Estamos invitados a remangarnos, a no conocer lo que san Vicente llama "*la insensibilidad*". Estamos destinados a la acción en la línea de la llamada recibida y en la línea de nuestro carisma. Ciertamente, hemos de guardarnos del activismo pero también de todo debilitamiento de nuestro compromiso.

¿Somos nosotros portadores de la Buena Noticia al modo de Jesús, atentos a los heridos de la vida y acogedores de los que buscan sentido, urgencia de las urgencias de hoy?

¿Somos sembradores de eternidad haciendo que los pobres de nuestro tiempo reconozcan que son hijos de Dios, amados por Él y llamados por Él a la vida con Él?

¿Cómo llevamos a cabo este trabajo con miras a la eternidad, uniéndolo al trabajo por una naturaleza humana restaurada en su dignidad y en sus necesidades básicas, ya que lo espiritual es la coronación de lo humano asegurado? Yo no puedo decir a nadie que ame a Dios si tiene hambre, pues -como dice un refrán- es verdad que "*persona hambrienta no tiene oídos*".

¿Profetas? Sí, somos profetas estando apasionados por Dios y por los hombres. Esta doble pasión invadió a san Vicente y nosotros, que le seguimos, debemos imitarlo. Somos portavoces y mensajeros de Dios. Nuestro ser anuncia a Dios y todavía más nuestro actuar. Ésta es nuestra responsabilidad.

3. San Vicente marca su profetismo con el sello de la creatividad. Ve necesidades y responde a ellas. Estamos marcados por estos (*dos*) grandes rasgos pero una lectura atenta de sus escritos nos hace percibir intervenciones múltiples y variadas en estos extensos campos. Por ejemplo, olvidamos demasiado la presencia de la Congregación de la Misión naciente en las Islas Británicas: Escocia, las Hébridas y Orcadas... olvidamos a las Hijas de la Caridad ante los terrores de la Fronda; durante el tiempo de la Fronda parlamentaria, ellas proporcionan pan, trabajan el huerto, crían cerdos; durante la Fronda de los Príncipes las hermanas son enviadas a socorrer a los enfermos, a los hambrientos, a los sin-techo, mientras que otras distribuyen sopa a 1300 pobres vergonzantes y a 800 refugiados; sin olvidar la ayuda que aportan al cuidado y a la educación de los huérfanos, y todo esto no sin riesgos y sin miedos.^{x1}

Tendríamos que hablar con detalle de los mendigos, de los presos, de los galeotes, de los esclavos, de la asistencia a las Provincias devastadas, de los enfermos, dementes, huérfanos, de los exiliados... ya fueran ricos o pobres.

Podemos decir también que, muy pronto, san Vicente y santa Luisa aceptaron la movilidad para ir fuera de la capital. Fueron las llamadas quienes mandaron: así ocurrió con los establecimientos de la capital, después entre 1638 y 1648, 20 comunidades, y entre 1648 y 1660 otras 15. La expatriación empieza cuando van a Polonia con su largo período de incertidumbres. Lo que impresiona en este multiplicarse las fundaciones es la acumulación de dificultades, problemas, sinsabores: por ejemplo la prueba de Liancourt^{xli}, las disensiones, tensiones, oposiciones y los conflictos de Nantes; problemas económicos en Fontainebleau y Chantilly, la oposición jansenista en Chars..., en resumen, estos pocos ejemplos son suficientes para mostrar el tesón de los fundadores y de las primeras Hermanas. «*Se os pide de muchas partes*»^{xlii} y «*Todo es milagroso*»^{xliii}... este es « el estribillo del comienzo » de las Hijas de la Caridad y es instructivo para ellas hoy. Es conveniente no tener miedo ante el número reducido o ante la disminución de los efectivos. El Padre Román escribe en su inigualable obra titulada « san Vicente de Paúl »: « *La mayoría (de las comunidades) constaba de dos o tres Hermanas, que vivían ya en una habitación de alquiler, ya en la casa de la dama de la caridad que las había solicitado o en locales cedidos por la cofradía, la parroquia o el ayuntamiento. Muy pocas fundaciones necesitaron un grupo de Hermanas superior. Las mayores pasaron poco de la media docena. No obstante, aquellos pequeños equipos, sembrados a voleo por el suelo de Francia, resultaron tenaces, arraigaron y aseguraron a la comunidad un desarrollo extraordinario. Las « sólidas virtudes » habían prendido con fuerza en el corazón de las hermanas.*»^{xliv}

No tengo nada que comentar sobre las cifras de hoy porque esto les toca a ustedes. Pero la viveza y la fecundidad de los comienzos nos recuerda una ley que no engaña: ¡se trata ante todo de ser! Se ha escrito tanto sobre el "*ser de sierva*"^{xliv} de la Hija Caridad, que no hay necesidad de añadir nada, pero permítanme decirles que el pueblo percibe en nosotros el espíritu vicenciano, si lo encuentra, ya que es claramente identificable por las señales inequívocas: sencillez, humildad, caridad con los pobres y profunda vida de oración... Tenemos en este espíritu y por este espíritu, la fuente de la irradiación de nuestra comunidad local.

La misma atención debemos manifestar a los signos de los tiempos, detectar las llamadas y cómo podemos responder a ellas. Es preciso hacer una especie de discernimiento comunitario, institucional y provincial.

¡Sí, "*el amor es infinitamente inventivo*"^{xlvi}, sobre todo cuando rehúsa el repliegue sobre el pasado y escoge deliberadamente vivir la Esperanza! ¡Les deseo – respecto a su historia – que sean constructoras de catedrales!

Conclusión

El P. Grégory nos ha hablado últimamente de armonía y de «*restauración de todo nuestro ser*». Sor Evelyne les ha recomendado a ustedes «*fortalecer el hombre interior*». El P. Javier les ha recordado la importancia de la oración donde pasa «*la brisa ligera*». Todas estas reflexiones se unifican en una misma exigencia.

No hay profeta verdadero más que si es hombre de Dios. No hay profeta verdadero más que de la Palabra. No hay profeta verdadero más que de la Iglesia. Trazar los surcos muy profundos de la interioridad es la urgencia de las urgencias. Y en el mundo actual, visitado por el guirigay ensordecedor de los medios de comunicación, hasta el punto de que todos estamos condicionados por ellos y como prisioneros hasta en nuestro juicio, incluso con respecto a la Iglesia, es decisivo con toda evidencia, reforzar esta misma interioridad en los demás. Tengo una especie de intuición desde algún tiempo, que les comunico en forma de pregunta, apoyado en un testimonio reciente:

Vivo con un joven cohermano, sacerdote desde hace nueve meses; acaba de preparar al matrimonio a una pareja de jóvenes; como es debido, escucha la historia de cada uno de ellos; al hablar con la joven, descubre que ha sido bautizada, ha hecho su primera comunión, ha recibido la confirmación. Y le pregunta: - ¿para ti quién es Jesucristo? La joven se detiene y responde sin preámbulos: "**Nadie**". - Pero entonces, ¿qué has aprendido en el catecismo? – Respuesta: - Nos hablaron de valores, de bondad, de fidelidad, de respeto... "¡Nadie!". ¡Desde entonces, este "nadie", me inquieta, me preocupa, como le ocurrió a este joven sacerdote! Mi última cuestión es la siguiente: Si la mayor de las pobreza es no conocer a Dios y, más aún, no conocer a Aquel por medio de quien manifestó su Amor, Aquel que ha dado su vida por la salvación del mundo, ¿cuál es el primer servicio que hay que prestar hoy?

¡Hija de la Caridad, sé profeta por la caridad del pan espiritual, el mundo tiene hambre!

Jean-Pierre RENOARD cm

Notas

ⁱ El Padre Monloubou en su Diccionario bíblico universal.

ⁱⁱ COSTE, Ed. Sígueme, IX, 58-59 del 9 marzo 1642 (el texto más inexacto) ; XI, 2-5 sin fecha (texto de Abelly, únicamente sobre el sermón de Folleville y sus consecuencias) ; XI , 94 del 25 enero 1655 (relato diferente del asunto del campesino) ; XI, 321, del 17 mayo 1658 (relato clásico) ; XI,381 del 6 diciembre 1658 (glosa)

ⁱⁱⁱ XI, 95, del 25 enero 1655: « *algunos no sabían las palabras de la absolución* ».

^{iv} « *San Vicente dijo esto una sola vez, al menos en los textos que nos quedan, y totalmente al final de su vida, al hablar a los misioneros el viernes 17 de mayo de 1658 (XI, 321), a los 77 años, sobre la observancia de las reglas, y diciendo una vez más que el origen de las misiones no estaba en él, sino en las disposiciones de la Providencia. Es treinta y cinco años después de los hechos, y ya sabemos cómo está inclinado a dejarse llevar por el discurso!* (P. Bernard Koch cm - notas dactilografiadas sobre el tema – 31 marzo 98)

^v El Padre Bernard Koch va en el mismo sentido. Para él, “temor de Dios” evoca el respeto y el amor e incluso la alegría, sobre un fondo de deseo de agradarle y del temor de faltar a su amor. El temor del infierno no queda excluido, pero no es en absoluto lo primero. » (Op. cit. p 5)

^{vi} XI, 321, del 17 mayo 1658; Abelly fr. 1,1, c8 p 31-35; Collet, t 1 46-48.

^{vii} XI, 700

^{viii} Pablo VI -Evangelii nuntiandi § 27 – 8 diciembre 1975

^{ix} XI, 741.

^x Idem

^{xi} VIII, 138, 17 octubre 1659, a Gabriel Delespiney.

^{xii} XI/4, 724, Extracto de una conferencia sobre la Fe, sin fecha

^{xiii} (Observaciones, al principio del Pequeño catecismo de la Misión, Bibl. Nacion., Fondos fr., Ms 24851, f^o 315,

publicado por M. J. Guichard, C. M. : Saint Vincent de Paul catéchiste, Paris 1939).

^{xiv} XI/4, 707.

^{xv} XI/3, 339, Conf. 8 junio 1658. (Se puede leer también : VIII, 190; XI, 165 y 186)

^{xvi} XI, 412, del 13 diciembre 1658

^{xvii} Repetición de oración del 29 noviembre 1656 - XI, 772.

^{xviii} Conferencia a las Hermanas del 19 Julio 1640 –IX, 37

^{xix} Conferencia del 15 noviembre 1657- IX, 927 y Conferencia sobre el amor de Dios – XI,733

^{xx} XI, 717, sin fecha

^{xxi} « *Prier 15 jours avec saint Vincent de Paul* », Nouvelle cité N° 45 – Traducido en portugués bajo el título « *Ora*

15 dias com Sao Vicente de Paulo » – Editora Santuario N° 10.

^{xxii} Collet, I, 479

^{xxiii} Extracto de Collet VII, 168

^{xxiv} X, 862 del 22 mayo 1657

^{xxv} X, 1137 del 25 noviembre 1658

^{xxvi} XI, 733, sin fecha

^{xxvii} IV, 544,546-549,550, mayo 1653

^{xxviii} V, 185, del 17 octubre 1654

^{xxix} XI, 281, del 17 junio 1657

^{xxx} IX/2, 730, del 8 agosto 1655

^{xxxi} III, 251

xxxii IX, 73, del 16 marzo 1642 – El motor de búsqueda indica 20 veces la utilización de este binomio, lo que es

significativo sobre lo que estamos diciendo.

xxxiii IX, 535 de 9 febrero 1653

xxxiv IX, 534 del 9 febrero 1653

xxxv X, 680, año 1641

xxxvi VIII, 226 de 7 febrero 1660

xxxvii 1Cor 9, 24-25.

xxxviii XI, 778, sin fecha

xxxix XI/4, 590, del 22 agosto 1659

⁴¹ Cf. el excelente capítulo 13 « durante la gran miseria de la Fronde », del libro de sor Elizabeth Charpy : « Contra viento y marea, Luisa de Marillac » *Ediciones Compañía de las Hijas de la Caridad -1988.*

^{xli} Dos jóvenes las habían acusado de impureza.

^{xlii} III, 188, 7 julio 1647 y IX, 30 del 22 agosto 1656

^{xliii} I, 382.

^{xliv} (San Vicente de Paúl, biografía- José María Román, cm – ediciones Alzani 2004 – Trad. En francés 822 páginas, p 562-563)- Edición original San Vicente de Paúl- septiembre 1981 –BAC, p. 478.

^{xliv} Ver ficha vicenciana N° 41 « Etre pour le service »

^{xlvi} XI, 63, en 1645, recordando que esta frase se aplica a Dios Padre, inventor de la Eucaristía.

SEÑOR MARIO GIRO – COMUNIDAD SAN EGIDIO

Exigencia de la Misión

La colaboración

Casa Madre, 27 de mayo de 2009

Queridas amigas:

Siento muchísimo no poder estar entre ustedes hoy. Hubiera querido estar en su histórica Casa-Madre de la calle del Bac, donde ha tomado auge una gran historia de caridad en favor de los pobres. Hubiera querido estar ahí para darles las gracias por cuanto han hecho por ellos en el transcurso de su larga historia, pero también por la colaboración tan estrecha que se ha establecido entre las Hijas de la Caridad y la Comunidad de San Egidio. Sin embargo, un problema de salud, no grave, unido a un gran cansancio de estos últimos meses, me han obligado a privarme de ello. Les pido me disculpen.

Les envío este texto que Mario Giro no sólo se lo leerá, sino que en cierto sentido también lo interpretará, pues se trata de un compañero de camino a quien quiero mucho y de un gran amigo de África. Mario Giro conoce los dolores de este continente, la guerra, que es madre de todas las pobreza, sus enfermedades, pero también sus recursos. Como yo, y mejor que yo, podrá contestar a las preguntas que suscite mi texto. Es un hombre que, aun en medio del dolor de las diferentes situaciones con las que está en contacto, busca un camino de esperanza.

Ya he dicho cómo de la Casa-Madre de ustedes han nacido tantos caminos de amor y de servicio a los pobres. Es una gran historia de amor a los pobres. Pero no se puede mirar al pasado solamente para quedarse satisfechas. Ustedes no lo hacen.

Quien conoce las heridas del mundo sabe cómo esas heridas son llamadas urgentes, fuertes: piden curación, vida digna, buena... Además, aquel papa que habló de una Iglesia de todos, pero especialmente de los pobres, el papa Juan XXIII, invitó también a escudriñar los signos de los tiempos. A veces nuestras comunidades están ciegas ante el presente, siendo así que se trata de los hombres y mujeres que viven hoy con nosotros. Cada uno y cada una está replegado sobre el propio trabajo: ve las propias manos que trabajan y no mira los rostros de quienes están enfrente, no mira los rostros de aquellos cuyas manos

estrecha, toca, de aquellos a quienes ayuda con las propias manos. Cree ver, pero en el fondo está ciego ante la realidad. Se deja llevar por la vida, a menudo muy ocupada.

Por eso han querido ustedes – yo creo – esta Asamblea dedicada a la ‘Profecía y esperanza ahora y por todas partes’. Han querido mirar lejos. El Concilio Vaticano II y el papa Juan XXIII nos dieron una importante lección sobre los signos de los tiempos. Nosotros no hemos de ser sociólogos o psicólogos - como a veces ha ocurrido en algunas Iglesias que se han hecho explicar el propio tiempo por expertos -, sino que nosotros mismos hemos de ser "expertos en humanidad", como dijo Pablo VI. Los signos de los tiempos nos ayudan a mirar lejos. Es necesario que sepamos leer nuestro tiempo, a través de nuestra experiencia de humanidad, a la luz del Evangelio, que es lámpara para nuestros pasos.

Jesús, en el Evangelio, utiliza solamente una vez esta expresión de "signos" de los tiempos: «¿Sabéis interpretar el aspecto del cielo y no podéis interpretar los signos de los tiempos? (Mt 16,3), dice a los fariseos y a los saduceos. Permítanme decir que, a veces, hablamos del cielo, de la fe, sin saber leer los signos de los tiempos en medio de los cuales viven los hombres y mujeres.

El mismo Concilio hablaba de aggiornamento - una expresión muy particular -, que no quiere decir modernización, imitar nuestro tiempo, ni siquiera adaptarse a su mentalidad. Se perdería así la profecía, que es el rechazo a adaptarse a lo que hacen y piensan todos. El aggiornamento es la capacidad de leer los signos de los tiempos y de orientar el propio camino a la luz de cada día: no es adaptarse, sino vivir de manera profética.

Me alegra poder decirles, gracias a esta charla, que la Comunidad de San Egidio se siente muy cerca de ustedes mientras escudriñan los signos de los tiempos para buscar caminos de esperanza y de profecía. Los signos de los tiempos, en muchas partes del mundo, revelan una humanidad profundamente herida. Son las heridas del mundo africano, que ustedes conocen bien y de cerca: es no sólo el África de las guerras y las enfermedades, sino también un África sin futuro. En efecto, el gran fenómeno de la emigración, que concierne a los jóvenes y a personas que tienen cierto nivel cultural, es revelador del hecho que muchos ya no creen que el propio futuro esté en sus mismos países, sino en otro lugar. Han pasado un poco más de cuarenta años del gran entusiasmo popular que acompañó a la descolonización, cuando los africanos creían en su futuro. Sí, en África falta la esperanza del futuro de modo muy concreto. África necesita esperanza para su gente: un padre necesita esperanza por lo que a sus hijos se refiere, para que su vida pueda mejorar; un joven para su vida; las madres enfermas de SIDA para sus hijos .

La esperanza es importante, pero no fácilmente perceptible. La gente -nosotros mismos - para tener esperanza, necesitamos visión de futuro: la visión es como el icono. Un hombre de fe tiene necesidad de los iconos, que son representaciones de su fe, del Señor, de la Madre de Dios, de los santos y de los mártires. Pero también la esperanza necesita iconos: estos iconos son las perspectivas de futuro.

Sí, falta visión en nuestro mundo contemporáneo. Falta visión en la política y entre los políticos; falta visión en la misma Iglesia. Sí, como he dicho, la “visión” es icono de esperanza. La gente se mira a sí misma y al propio presente, pero no se deja atraer por un ideal. Por un ideal se lucha, se sacrifica, se trabaja.

El repliegue sobre de sí es un fenómeno muy difundido en Occidente, en Europa, en Norte-América. Justo la semana pasada, en Aix-la-Chapelle, donde me concedieron para la Comunidad de San Egidio, el Premio Carlomagno, quise pronunciar un discurso fuerte y claro: Europa no puede vivir para sí misma, de otro modo muere. Una Europa sin misión en el mundo, dividida, no tiene futuro. Sí, también Europa y el Occidente - se ve en la política - carecen de visión de futuro y corremos el riesgo de vivir encerrados en nosotros mismos. Europa es una caja fuerte y una fortaleza. Pero acabará por ser el continente de la avaricia.

Este repliegue y esta cerrazón tienen una incidencia existencial en la gente, que teme comprometerse demasiado o comprometer de modo definitivo su propia vida. Se da también la dificultad de encontrar mujeres y hombres que se dediquen al servicio de los demás y del Evangelio. El hombre y la mujer europeos con frecuencia se ven bloqueados por una vida vivida para sí mismos. Por ello no conocen la felicidad. La felicidad no existe sin generosidad. Sí repito, la felicidad no existe sin generosidad. Y nuestro mundo del Norte es un mundo muy infeliz.

En el fondo, los europeos tienen miedo a perder algo, su mundo, su bienestar. Se ve esto con relación a los emigrantes que llegan al continente. No se puede hacer sólo cerrar fronteras. Los emigrantes que llegan a Europa son la señal de algo que ocurre más allá de Europa.

Los europeos no sólo tienen miedo a los que vienen de fuera. También tienen miedo ante aquellos que sufren la enfermedad, la vejez, la discapacidad. Es como si no pudieran soportar tanto dolor. Se sienten frágiles y no soportan el dolor ajeno. Pero sin generosidad, sin compasión, no se puede ser feliz. Lo repito. Y es un poco el castigo de nuestro mundo.

Así los ancianos se ven echados de sus casas o de las familias, para prepararse a morir en instituciones, lejos de sus seres queridos. Sigo percibiendo la profunda contradicción de una sociedad moderna que prolonga la vida - y esto es un gran regalo -, pero que luego transmite a los ancianos el mensaje de que tienen que irse porque están de más.

Replegarse en sí mismo y en el propio interés destruye y vacía la experiencia de la gratuidad. La generosidad hacia los demás, hacia los pobres, no sólo parece inútil sino hasta insensata. En una lógica comercial uno se pregunta: ¿Qué gano con esto? Lo gratuito queda erosionado y reducido: todo lo que vale se tiene que comprar y no es gratuito. La vida gratuita entregada a los demás aparece entonces como un no-valor.

La misma familia sufre por la erosión de la gratuidad. En efecto la familia es una pequeña comunidad fundada en la gratuidad. La crisis de la gratuidad, su expulsión de la vida social, es una señal preocupante en un mundo donde ya todo se vende, todo se compra: es el mundo que se ha convertido en mercado y está regulado por una providencia-mercado (la reciente crisis económica muestra no ser tan providencial). Pero la crisis de la gratuidad es también crisis de la humanidad.

Pienso en Asia, que ha conocido un impresionante desarrollo, pero que tiene una vida personal y social basada totalmente en la productividad. Es emblemático que en algunos países, además, se suprime hasta el día festivo para aumentar la productividad. No hay más espacio para lo gratuito y por lo tanto la humanidad misma resulta herida. Porque sin gratuidad el hombre y la mujer no son ellos mismos.

Miedo a perder algo, miedo a los demás y al futuro. Europa tiene miedo al futuro, a los demás, a los heridos de la vida, a los ancianos. El miedo amasa la vida de los europeos. El miedo es antiguo como el mundo. Cuántas veces en la Biblia se encuentra la exhortación a no tener miedo. Eso significa que el hombre está amasado por el miedo. Sin embargo este hombre occidental, que utiliza a su antojo la técnica, que parece tener el poder de cambiar las leyes profundas de la vida, que tiene enormes posibilidades para actuar, tiene un miedo profundo. El miedo es uno de los signos de los tiempos del mundo occidental.

El miedo no hace de nosotros hombres buenos, mansos, sino a menudo agresivos. Para salir del miedo, es decir para hacerse valientes, se necesita un enemigo. Y entonces se crea la cultura del enemigo que a menudo domina el horizonte de un mundo de hombres y mujeres miedosos.

En efecto, es impresionante cómo el mundo globalizado no tiene paz. Nuestro mundo no ha sido unificado ni pacificado por la globalización. Ha habido una globalización económica, pero se han reabierto conflictos antiguos y se perfilan otros nuevos. El hombre y la mujer, las culturas, las religiones se sienten amenazados y tienen miedo en un mundo demasiado grande: la desorientación induce al conflicto y a la cultura del enemigo. Un signo de los tiempos de nuestro mundo contemporáneo es la difusión de la agresividad y la violencia. Es un signo de los tiempos que, por el contrario, nos llama a todos a cultivar el diálogo y el amor.

No puedo hablar aquí de los grandes problemas del choque entre religiones y civilizaciones. Todas ustedes saben cómo la comunidad de San Egidio está fuertemente comprometida, desde 1986, después del gran encuentro de oración de las religiones del mundo por la paz en Asís, querido por Juan Pablo II... , está fuertemente comprometida en el camino del diálogo entre las religiones y las culturas. El espíritu de Asís es la verdadera respuesta a la lógica del choque de civilizaciones y de religiones. Hoy comprendemos mejor la intuición de Juan Pablo II: vivir el arte del diálogo, sin confusión, haciendo emerger de todas las religiones el gran valor de la paz. Pero el diálogo no es algo académico: se refiere también a la vida cotidiana, a la vida entre personas diferentes, que aprenden a conocerse en la diferencia y no se desprecian por esa diferencia. Recordemos cómo, hace quince años, en Ruanda estalló la terrible matanza entre gentes que habían vivido juntas, tutsis y hutus. El diálogo previene el conflicto, crea lazos, establece la paz. El diálogo es la paz preventiva.

Hay mucha agresividad en nuestro mundo contemporáneo. Pienso en las grandes periferias de las ciudades latinoamericanas, donde la violencia se convierte en la escuela de iniciación a la vida de muchos jóvenes. En Centroamérica – estoy pensando particularmente en El Salvador - se han difundido y consolidado las mafias juveniles, las ‘Maras’, que proponen a jóvenes y a adolescentes una vida violenta, donde todo es posible, aunque saben que no vivirán largo tiempo. La violencia y la agresividad son una gran amenaza para la paz. En efecto la paz no se ve amenazada sólo con las guerras, sino también con la difusión de la violencia que, en cierto sentido, casi es una guerra.

Podría continuar, pero creo que cada uno de nosotros debe añadir el signo de los tiempos que le toca de modo especial. El signo de los tiempos a menudo es una herida que nos cuestiona. En efecto una congregación religiosa como la suya, extendida en más de noventa países del mundo, representa un observatorio especial de los signos de los tiempos, de las heridas de los hombres, de las demandas de esperanza y de paz. Lo digo con conocimiento de causa, porque la experiencia de San Egidio, aunque con una historia distinta, es análoga a la de ustedes. La Comunidad de San Egidio tiene fraternidades locales en más de setenta países del mundo; viven junto a las más diversas pobrezas: niños, enfermos de SIDA, ancianos, presos (y muchas veces la vida en algunas cárceles africanas, latinoamericanas, asiáticas son casi una condena a muerte, por las condiciones en que viven), también están al lado de enfermos, de personas sin techo, emigrantes.

Nosotros vivimos en estas realidades locales como amigos de los pobres, pero también sentimos la alegría y el desafío de ser una pequeña fraternidad sin fronteras, formada por hombres y mujeres de lenguas y nacionalidades diferentes.

En nuestras comunidades se vive la experiencia de la globalización cristiana que ha acompañado al cristianismo desde sus orígenes, como se ve en las cartas del apóstol Pablo. San Juan Crisóstomo escribía que la fraternidad cristiana es paradójica, pues los que viven en Roma se sienten parte del mismo cuerpo que los que viven en la India. Nuestras fraternidades universales son un signo y una respuesta a la lógica del choque entre etnias, culturas, civilizaciones diferentes. Son la señal de que los hombres y las mujeres de diferente historia y nación pueden ser una familia sin fronteras.

Y nuestras fraternidades no cuentan sólo con sus miembros, sino que, en cierto sentido, los pobres (aquellos a los que atendemos y los que vienen a nosotros) forman parte de nuestra familia. Nuestras fraternidades son también, de alguna manera, centros internacionales de los pobres, pertenecientes a países y a continentes diferentes. Creo que ésta es la experiencia de Dream, la de la atención de los enfermos de SIDA: en la diversidad de las situaciones un mismo espíritu une muchas experiencias de cuidado y de sufrimiento. Así nuestras fraternidades también son una globalización de la solidaridad.

La experiencia de encuentro y colaboración entre la comunidad de S. Egidio y las Hijas de la Caridad surge, desde la diversidad de los carismas, de la necesidad de no renunciar a una visión de un mundo diferente, mejor, más humano. Sí, quisiera decir que no debemos renunciar a un mundo donde los enfermos tengan la esperanza de curarse y de vivir, donde los niños tengan la esperanza de no morir y de

tener un futuro humano, donde los ancianos no sean abandonados, donde los hombres y las mujeres angustiadas por su futuro sean escuchados, donde los pobres sean menos pobres, donde los heridos de la vida sean atendidos y curados. En efecto, nuestra amistad ha empezado precisamente a partir de los pobres y de la necesidad de atender mejor a los enfermos de SIDA. Pero nuestra colaboración no ha sido sólo una colaboración funcional, sino una amistad que, partiendo de los pobres y de los enfermos, ha llegado hasta la profundidad de la comunión cristiana.

Quisiera decir que el signo de los tiempos que nos ha conmovido e interpelado ha sido el SIDA. Habíamos comprobado que muchas personas de nuestro entorno morían por esta enfermedad. Esto nos preocupó, nos llevó a levantar la mirada, a buscar, a hacernos mendigos de esperanza. Nos preguntamos cómo podría vivirse hoy ante estos enfermos de SIDA aquel poder de curación que el Señor concedió a sus discípulos.

San Egidio y las Hijas de la Caridad, sólo dos pequeñas células internacionales sin fronteras en muchos países del mundo, amigas de los pobres, no han renunciado a una visión de esperanza. Somos diferentes pero caminamos en la misma dirección y tenemos dentro los mismos interrogantes. No nos hemos resignado al hecho de que este mundo tenga que estar siempre tan enfermo, pobre, abandonado, doliente. El contacto con el dolor de los hombres y mujeres ha hecho surgir en nosotros una gran esperanza: sí, un sueño.

Es el sueño de curar, de curar a los enfermos y de anunciar el Evangelio de la esperanza. Sí, Jesús dio a sus discípulos el poder de anunciar el Evangelio y de curar a los enfermos. Nosotros no queremos renunciar a este poder que no es el poder de este mundo. No lo queremos esconder bajo tierra por miedo. Al contrario, queremos hacerlo fructificar, porque el mundo lo necesita.

Se habla mucho sobre cómo pueden colaborar juntos seculares y religiosos. Muchas veces se gastan ríos de tinta para llenar páginas con teorías. La historia de la colaboración entre las Hijas de la Caridad y la Comunidad de San Egidio nace de dos personalidades eclesiales que tienen caracteres diferentes e historias distintas, pero que no aceptan resignarse o dar la espalda al dolor de los pobres. Los pobres nos han hecho amigos. Más bien, los enfermos de SIDA han hecho que nos encontremos. Esto revela cómo ambos no buscamos otra cosa que servir a los enfermos y a los pobres. Los caminos nuevos y la colaboración no siempre son cosa fácil, pues también los cristianos son hombres y mujeres, con su mentalidad y sus costumbres.

Por lo demás, la comunidad de San Egidio tiene una historia larga de amistad con los religiosos, los primeros que tomaron en serio nuestro carisma cuando San Egidio daba sus primeros pasos en los años 70, en Roma. Entre estos religiosos había vincencianos y vincencianas. Algunos de ellos empezaron a participar en la oración de la tarde de la comunidad de San Egidio, especialmente en Roma, empezando una amistad que ha crecido a lo largo de los años.

Efectivamente, nuestras comunidades se reúnen por la tarde para escuchar la Palabra de Dios y para dirigir la misma invocación al Señor. Esta oración tiene lugar tanto en la bella basílica de Santa María en

Trastévere, Roma, ante un espléndido mosaico, como en una pequeña comunidad de Mozambique o en Indonesia.

Somos una comunidad de laicos, que tenemos una vida profesional y familiar, pero estamos llamados al mismo tiempo a ser hombres y mujeres espirituales. Como decía San Juan Crisóstomo, hablando al pueblo de Antioquía: los laicos necesitan la Palabra de Dios más que los monjes, porque viven en medio de las dificultades e incertidumbres de la vida cotidiana. Nos hacemos verdaderos amigos de los pobres si somos hombres y mujeres espirituales, si escuchamos la Palabra de Dios, si abrimos nuestros corazones en la oración.

Además, una bella oración, acogedora y abierta, es un testimonio ante todos de lo que constituye el centro de nuestra vida: esta oración es también algo atractivo para tantas personas en búsqueda. Me sorprende, en efecto, el número de personas que vienen, habitual u ocasionalmente, a nuestra oración de la tarde. A menudo hablando a las comunidades religiosas, me he preguntado por qué tantos espacios o las iglesias que tienen, no se abren como lugares de búsqueda de Dios a tantas personas en búsqueda. Una oración bella, abierta a los demás, es una gracia y un testimonio evangélico.

Varias décadas de escucha de la Palabra de Dios y de oración común han hecho que las pequeñas comunidades de San Egidio se hayan convertido en santuarios, donde encuentran refugio muchos que buscan el sentido de la vida. Quien viene a la hermosa basílica de Santa María en Trastévere, la ve por la tarde llena de hombres y mujeres, que no son sólo miembros de la comunidad de San Egidio, sino que vienen de cualquier sitio, entre éstos no poco religiosos que viven en Roma, que no están de paso; se da cuenta de lo que significa un santuario de oración en el corazón de la ciudad. No lo digo para alabar la experiencia de San Egidio, sino para decir cómo el testimonio, la acogida para la oración, a menudo es el regalo más grande que podemos hacer a los demás. Los lugares de oración son santuarios de esperanza.

En efecto, entre las muchas obras que hacemos la oración es la primera. Siempre recuerdo la explicación que un gran amigo de la comunidad, el pastor protestante valdense, Valdo Vinay, hacía de la parábola del buen samaritano en paralelo con el episodio evangélico de Marta y María. Marta atareada con mil cosas no escucha al Señor. María ha escogido la mejor parte que no le será arrebatada. En la parábola del buen samaritano, el levita y el sacerdote están atareados con sus cosas y no se detienen cerca del hombre medio muerto en el camino entre Jericó y Jerusalén. Sólo se detiene un samaritano. María y el samaritano han elegido la mejor parte. Pero no hay distinción entre María y el samaritano, porque ambos han elegido al Señor. En efecto, no hay contradicción entre la vida activa y la vida contemplativa: no son dos opciones diferentes o contrapuestas, sino que quien elige la parte de María elige también estar cerca del hombre medio muerto. Quisiera decir más bien que uno no puede estar mucho tiempo al lado de un hombre medio muerto solamente con la esperanza de su curación y de su salvación si no escoge también hacer como María.

La acogida en la oración ha sido el primer paso en la amistad de la comunidad de San Egidio con muchos religiosos y religiosas. Muchos religiosos nos han ayudado también económicamente en nuestras

dificultades, porque a pesar de que la comunidad de San Egidio es rica en sueños, todavía hoy no es ciertamente rica en recursos. A menudo se equivocan los de fuera, porque al ver nuestro deseo de ayudar piensan que tenemos muchas posibilidades económicas. La colaboración con las Hijas de la Caridad surgió de la demanda de curación y ayuda de los enfermos de SIDA de Mozambique. Los enfermos nos han acercado.

El proyecto Dream, para la atención a los enfermos de SIDA, querido por la comunidad de San Egidio, se inició en febrero de 2002 en aquel país africano; pocos meses después, las Hijas de la Caridad que administraban un hospital en Choqwe, en la provincia de Gaza, pidieron ayuda a la comunidad para curar a los enfermos de SIDA. El centro de Choqwe es el primer centro DREAM de las Hijas de la Caridad. Hoy son más que 5000 los enfermos de SIDA atendidos en aquel centro: se trata de un pequeño pueblo de mujeres, hombres y niños que estaban condenados a muerte y el pueblo lo sabía; pero ha encontrado su resurrección. En efecto, como dan testimonio muchos de los enfermos atendidos, Dream quiere decir, desde un punto de vista existencial, justo la experiencia personal del paso de la muerte a la vida, a la resurrección.

En junio de 2004, gracias a la intervención Madre Evelyne Franc, nació la idea de que las Hijas de la Caridad pudieran hacer suyo este programa de atención del SIDA, comenzando por África. Así en 2005 se firmó en París un acuerdo general, mediante el cual las Hijas de la Caridad se comprometen a adoptar e implantar el programa DREAM en sus hospitales y en los centros sanitarios que la congregación administra en todo el mundo. Las Hijas de la Caridad – dice el acuerdo- se comprometen a desarrollar DREAM según las modalidades propias, porque lo consideran un programa evangélico que ofrece a los pobres excelentes cuidados.

En efecto DREAM ha representado un verdadero sueño: lo ha dicho Benedicto XVI, cuando ha encontrado en Camerún a los voluntarios de la comunidad de San Egidio: Dream es un sueño que se ha hecho realidad.

Un abismo separa a los países ricos del Norte de los países pobres del sur ante las eventualidades dramáticas de la enfermedad. Un enfermo de SIDA puede ser cuidado en Europa o en los Estados Unidos. Pero, en África, se muere de SIDA. Los niños nacen enfermos y mueren. Sus padres desaparecen y sus hijos son condenados a vivir solos, expuestos a todas las dificultades. ¿Por qué no tienen los enfermos del sur el mismo derecho a los cuidados que los del Norte? ¿Por qué entre Norte y Sur hay un abismo tan grande?

Para esto ha nacido DREAM: para dar a los enfermos de SIDA del sur la misma atención que se da a los del Norte. Por esto en el acuerdo de París del 2005, las Hijas de la Caridad se comprometen a construir en los diferentes lugares donde trabajan el centro DREAM y un laboratorio de biología molecular. Se comprometen también a mantener sus centros mediante una constante búsqueda de fondos. La Comunidad de San Egidio, que ideó y anima el programa DREAM, se compromete en el acuerdo a formar el personal médico-social de los centros DREAM de las Hijas de la Caridad, a asegurar una supervisión con visitas periódicas y el análisis de los datos que se envían a través de un programa informático. En el transcurso de los últimos cuatro años, cerca de 150 personas, entre personal religioso y seglar han seguido los cursos de formación Dream para toda Africa. Hoy los centros DREAM de las Hijas de la Caridad ya

están en activo en: Choqwe (Mozambique), abierto en el 2002 con unos 5500 enfermos; en Kubwa (Nigeria) abierto en 2006 con unos 1300 enfermos; en Nigeria se quisiera abrir en el futuro otros centros; en Nairobi (Kenia) abierto en 2008 con unos 700 enfermos; en Dshang (Camerún), abierto en 2008 con unos 300 enfermos; en Mandaka en la República democrática de Congo, abierto en el 2009 con unos 300 enfermos. Recordamos que el próximo centro que se abrirá en 2010 será el de Masanga, Tanzania.

Esta lista indica no sólo las dimensiones de la obra realizada conjuntamente, sino también el rápido incremento de la colaboración para luchar juntos contra la condena a muerte que representa el SIDA; porque esta condena a muerte puede evitarse. La indiferencia del rico Norte del mundo, aunque habla sobre la responsabilidad de la Iglesia en la difusión del SIDA, hace que no sea fácil encontrar los recursos tan ingentes, necesarios para curarlo. Nuestros centros DREAM muestran con los hechos y no sólo con las palabras que es necesario dar a los africanos enfermos de SIDA cuidados gratuitos y de calidad como los que se dan a los enfermos del Norte.

En todos los centros de las Hijas de la Caridad se da el tratamiento a los adultos y a los niños, y también se lleva a cabo la prevención de la transmisión vertical de madre a hijo. Efectivamente, casi en todos los centros DREAM de las Hijas de la Caridad hay servicio de maternidad. Además casi todos los centros están dotados, desde hace años, de un laboratorio de biología molecular, que permite graduar la terapia del modo más oportuno. Permítanme citar las palabras de una amiga muy querida, Sor Wivine Kisu, pronunciadas en el febrero de 2009 en la inauguración del centro DREAM de Mbandakà, en el Congo: "Mientras mucha gente y muchos organismos del mundo manifiestan un gran pesimismo respecto al continente africano con relación al cuidado de los que viven con el virus del SIDA, la Comunidad de San Egidio ha manifestado un gran interés y su excelente protocolo utilizado por el programa DREAM ha demostrado justamente lo contrario."

Es una profecía. Un signo de los tiempos, una herida que nos interrogó, nos ha estimulado a la creatividad del amor y a la generosidad de la colaboración. La historia de la colaboración entre las Hijas de la Caridad y la Comunidad de San Egidio es la expresión de una alianza, no agresiva contra nadie, no ligada a la cultura del enemigo, sino más bien intensamente conectada con la cultura del amigo: el pobre como amigo. Utilizando las palabras del profeta Sofonías, es la alianza entre los humildes y los pobres. Si somos humildes, si escuchamos cada día la Palabra de Dios, si miramos los signos de los tiempos, viendo en ellos el camino que el Señor nos indica, nos daremos cuenta de la existencia de los pobres: entonces nacerá una verdadera alianza entre los humildes, los discípulos de Jesús y los pobres.

Conozco qué importante es, en la espiritualidad de las Hijas de la Caridad la identificación de Jesús con el pobre, con el más pequeño de sus hermanos. Para San Vicente de Paúl, la lectura de esta palabra del Evangelio de Mateo fue particularmente importante: Jesús está en los pobres, sus hermanos pequeños. La Comunidad de San Egidio venera y ama al pobre con la amistad y con la solidaridad, reconoce en él la presencia del Señor: es el sacramento del pobre, como solía decir Olivier Clément. Para nosotros, Hijas de la Caridad y comunidad de San Egidio, el sacramento del pobre también ha sido un sacramento de unidad, que nos ha hecho amigos y colaboradores, hermanas y hermanos.

Por esto, la experiencia de unos pocos años, pero intensos, de hermandad en la solidaridad, es para todos nosotros un signo de esperanza. Lo es por los resultados: los veo en los niños que nacen sanos, en el rostro nuevamente sereno de las madres, de las mujeres y de los hombres no ya condenados a muerte, sino que vuelven a vivir. Pero también es una profecía. Sí, la profecía que no debemos resignarnos ante el muro de la imposibilidad. Al contrario, tenemos que orar, nutrir nuestra esperanza con la fe. Hemos de tener visión de esperanza, porque nada es imposible a quien tiene fe.

En efecto, aunque nos parecía que no se lograba superar el grueso muro de la pandemia del SIDA, hemos descubierto junto a nosotros a un compañero o a una compañera, que, con su ayuda, ha hecho posible aquello que no lo parecía. Es la historia de San Egidio y las Hijas de la Caridad. Es la historia del intercambio de regalos que han hecho posible DREAM. Sí, la profecía que es posible trabajar juntos, aunque seamos diferentes. Esto no sólo nos hace felices, sino que nos hace esperar aún con más fuerza, nos hace nutrir grandes sueños de esperanza para el mundo y para quien sufre. Porque en este mundo de dolor, gracias al Señor, los milagros son posibles. Sí, porque en este mundo de resignación, la esperanza se convierte en realidad.

Señor Mario GIRO

Responsable de relaciones internacionales

de la comunidad San Egidio

Algunas respuestas a las preguntas realizadas a Mario Giro

Después de su lectura de la conferencia de Andrea Ricardi

(Fundador de la Comunidad de San Egidio)

Notas tomadas durante el intercambio espontáneo con los miembros de la Asamblea

Partiendo de la provocación del texto de Andrea Ricardi, quisiera decir que no hay que tener miedo; nuestro mundo de hoy está sometido a la presión del miedo. En efecto, hay una gran diferencia entre el mundo de los años 70 y nuestro mundo actual. En los años 70 e incluso en los 80, muchas personas creían que se podría cambiar el mundo. Las soluciones propuestas eran variadas y con frecuencia ideológicas. El estilo de la época estaba caracterizado por el gusto por la acción, la fe en el hombre: se creía poder cambiar el mundo. Hoy es lo opuesto. Nuestro mundo difunde un mensaje pesimista: guerras, pobreza y desigualdad marcarán siempre la historia de la humanidad. Los grandes organismos internacionales presentan informes pesimistas. En una treintena de años, el estilo ha cambiado completamente. El mundo repite: “no es posible, tenemos que ser más realistas y tener menos pretensiones

e ilusiones, continuar emprendiendo pero no de modo decisivo, teniendo en cuenta que los objetivos no se realizarán”. Este es el mensaje que transmiten todas las sociedades.

En respuesta a sus preguntas, les dirías: “No se dejen llevar por esta desesperanza”. No hay que tener miedo. Acordémonos de Francisco de Asís cuando un día, preocupado por la situación complicada en el seno de su Instituto religioso, el Señor le dijo: *“Hombrecito, ¿ piensas que yo habría suscitado esta familia si no estuviera preparado para ocuparme de ella?”*

Andrea Ricardi dice que hay que ser espiritual; es cierto. Ser espiritual, es tener la certeza de que el Señor no puede abandonarnos. No tenemos todas las respuestas, no tenemos recetas mágicas, pero tenemos fe, creemos que el Señor nos ayudará y que si esto ha sido posible ya en siglos peores que el nuestro, será todavía posible hoy.

Al esforzarnos por encontrar soluciones, debemos tener el ánimo sereno. Y la llamada de Andrea a la **oración** es algo fundamental; es decir, ante todo desafío, es preciso creer en la fuerza de la oración que no es sólo una devoción. El poder del evangelio es real e histórico. Si tomo el ejemplo de la oración por los enfermos, cada mes, las comunidades de San Egidio dedican un día a rezar por los enfermos. De este modo, en África, estos tiempos de oración son muy concurridos y se convierten en un acontecimiento que tiene un impacto social: rezar juntos de manera visible, no para exhibirse, sino con la preocupación de dar testimonio de nuestra fe, tiene un impacto social.

En la oración, hay una llamada a la acción, lo que no es contradictorio. Lo primero que hay que hacer es luchar contra todas las formas de cultura de muerte (enfermedades, malos tratos en prisión, etc.), aportando una cultura de vida.

San Egidio es conocido por su lucha contra el sida (Proyecto Dream). Actualmente, el campo de acción de la alianza entre la Compañía de las Hijas de la Caridad y la Comunidad de San Egidio es el de la lucha contra el sida en Mozambique. Trabajando juntos, no sólo hacemos un servicio concreto muy importante, sino que comunicamos una cultura diferente: “es posible curar”. El Sida conduce a cuestionarse sobre el origen de la enfermedad y sus consecuencias, así como sobre la sexualidad. No sólo se trata de curar sino que también hay que educar y actuar por una cultura de vida.

Otro campo de acción es la visita a los presos. La visita es el primer gesto importante de amistad. Permite también estar informado de las eventuales violaciones de los derechos y determinar las necesidades más urgentes de los presos.

Orar y dialogar

A veces se oye decir: « ¿Dónde están los resultados de la oración por la paz y los del diálogo inter-religioso, etc?» Los resultados vendrán, tal vez estén ya aquí y no somos capaces de verlos. Es necesario mucho tiempo. Así pues, hay que rezar por la paz y dialogar con las demás religiones sin esperar resultados inmediatos. Es muy difícil saber lo que pasa en el corazón de los demás, pero el testimonio es importante. Si pensamos, por ejemplo, en el Padre Carlos de Foucauld: pasó toda su vida en el desierto, tendrá sólo uno o dos compañeros, muere solo... asesinado por unos musulmanes. Y es solamente pasados los años cuando esta pequeña semilla enterrada en el desierto, fructificará. A primera vista, esto parece un fracaso. Tendrán que pasar algunos años para que nazcan los “Hermanitos de Jesús” y después las “Hermanitas de Jesús”. Ustedes mismas tienen la costumbre de sembrar con paciencia para futuras cosechas...

La violencia en el mundo

La violencia es también uno de los mayores problemas nuestro tiempo. Ante la violencia, con frecuencia estamos desamparados. Tenemos la posibilidad de crear espacios no violentos donde podemos hacer ver que hay otra alternativa. A través de su historia, la Iglesia siempre ha actuado para construir la paz... En Europa, por ejemplo, la construcción de muchos monasterios y abadías, constituyó una red que permitió salvar la cultura de la no violencia. Eran espacios de paz. Hoy nuestras comunidades deben de ser también, espacios de paz y de fraternidad.

Desde hace muchos años, la Comunidad de San Egidio está presente en El Salvador donde se ha comprometido en numerosos frentes. Sobre todo trabaja en los barrios de más riesgo, allí donde causan estragos los tristemente célebres Maras, esa banda de jóvenes adolescentes que han crecido bajo el mito de la violencia. Para existir, la violencia necesita la complicidad de las gentes del lugar. Viviendo con los jóvenes y sus familias, llegamos a controlar la violencia y los Maras no se atreven a penetrar en los barrios.

Desde hace algunos años, la Mafia siciliana existe gracias a la complicidad de la gente. Desde hace una decena de años, se ha reducido porque los Sicilianos han reaccionado. Debemos apoyar a las gentes del lugar para que se atrevan a expulsarlos. Esas son acciones para realizar en los barrios y liberar espacios de no violencia creando progresivamente una red de no violencia. Así, en otros países donde reina la violencia (Argelia, Nigeria, Brasil...), pueden nacer lugares de resistencia a la violencia, sabiendo que esta puede comenzar de nuevo en cualquier momento.

Crear la cultura de la paz

Es importante crear lazos con los niños, jóvenes, adultos, ancianos y proponerles la construcción conjunta de un mundo más justo y más humano, favoreciendo la amistad entre las diferentes generaciones.

Se trata de crear redes de no violencia desde la cuna hasta la tumba. Esto se realiza con las gentes del lugar. No hay que pensar en grandes cosas, juntos, se pueden crear espacios libres de violencia. Aunque sean pequeños, son un signo de que “es posible” cuando se tiende a creer que la violencia es la más fuerte y que nos aplastará. Con frecuencia, la cultura de la resignación, del pesimismo nos abrumba y debemos combatirla. La gente a menudo se resigna y se acostumbra a vivir en medios muy violentos. El hombre es frágil y se encierra en sí mismo para ahorrarse el sufrimiento. Es preciso crear la cultura de la paz, es decir rechazar el acostumbrarse a la violencia. Responder a la violencia con la violencia no resuelve el problema. Tenemos que crear espacios libres de violencia. Es posible pero debemos orar y pedir la ayuda de Dios. Los violentos pueden tener un poco de respeto con relación a la simbología religiosa y hay que utilizarla. La oración colectiva y pública puede jugar un rol importante.

La internacionalidad de la iglesia católica

El mundo es diverso y variado. La diferencia que existe en lo cotidiano es una riqueza. Somos diferentes y lo seremos siempre. Uno de los mensajes de la cultura del miedo es el de querer quedarse con los que se parecen a nosotros y rechazar a los que son diferentes. Tenemos la suerte de ser católicos, es decir universales y vivir la internacionalidad. La grandeza de la Iglesia católica se encuentra en su unidad dentro de su diferencia.

Actualmente, el continente africano se fragmenta, pero lo que hace su unidad, es la Iglesia católica. Como católicos, deberíamos ser mucho más conscientes del hecho de que somos un gran movimiento internacional en el mundo. Debemos ser más conscientes de la riqueza de nuestra unidad en la diversidad. La unidad es un don de Dios que debemos acoger y una tarea que debemos llevar a cabo.

D. Mario GIRO

Responsable de las relaciones internacionales

de la Comunidad San Egidio

SEÑORA MARINA COSTA, AIC

Exigencias de la misión:

La colaboración en la familia vicenciana

Las Caridades y las Hijas de la Caridad:

Dos carismas al servicio de un solo objetivo

Casa Madre, 27 de marzo de 2009,

Por la fundación de la primera Caridad en Chatillon les Dombes, San Vicente logra concretizar la extraordinaria intuición que había tenido al conocer la situación de miseria de una familia de su parroquia: la intuición de que para servir a Dios hay que servir corporal y espiritualmente a nuestro prójimo que vive en pobreza y que este servicio debe ser eficaz y concreto, accesible a todos y organizado.

Este proyecto, rápidamente se extendió a otras provincias francesas y a otros países. Se fundaron varios grupos de “Caridades” y San Vicente quiso que existiera un contacto entre ellos y que mantuvieran vivo el espíritu del origen, por eso confió la animación y la formación a Luisa de Marillac, quien se comprometió en esta tarea con un gran entusiasmo y entrega personal. .

En el transcurso de sus visitas a las “Caridades”, Luisa daba una formación espiritual, cuidaba la fidelidad al carisma y al proyecto de San Vicente, invitaba a reflexionar sobre la situación de los pobres y al mismo tiempo, garantizaba el cumplimiento de los estatutos, la eficacia de la organización, la transparencia en las cuentas y promovía la comunión en el interior de los equipos y sus relaciones con el exterior.

Muy pronto, ante la gran cantidad de pobrezas que continuamente se presentaban, San Vicente y Santa Luisa se dieron cuenta de que el servicio realizado por las voluntarias no era suficiente y surgió la idea de reunir a jóvenes dispuestas a dedicar toda su vida a los pobres. Así fundaron la Compañía las Hijas de la Caridad, quienes debían servir con las damas, entregándose totalmente a Dios en el servicio de los pobres.

La colaboración entre las Damas de la “Caridad”, hoy llamadas Voluntarias de la Asociación Internacional de Caridades, fundadas por San Vicente de Paúl –AIC, estaba prevista desde el comienzo. Santa Luisa decía: *“Las señoras y las hermanas vivirán siempre en una verdadera unión”* y la finalidad de esta unión, que se vive en la diferencia de las vocaciones y en la complementariedad de las tareas, es hacer mejor el servicio a los pobres.

San Vicente era consciente de ello; había percibido muy bien las múltiples dimensiones de las situaciones de pobreza y dio una respuesta pluralista: puso en marcha todos los recursos posibles al servicio de los más pobres: hombres y mujeres, religiosos y laicos, ricos y menos ricos. Las semillas de su

capacidad de organizador siguieron extendiéndose hasta hoy a través de las diferentes ramas de la Familia Vicenciana y un gran número de instituciones fundadas con su espíritu.

Como decía el Padre Maloney, la Familia Vicenciana es un “ejercito” que puede ser una gran fuerza al servicio de los pobres. Toda la Familia Vicenciana está llamada a unirse, a colaborar para continuar la misión de San Vicente y de Santa Luisa en estos tiempos difíciles, en esta situación de crisis global, económica, cultural y moral que representa un gran desafío y nos plantea muchos interrogantes sobre el modelo de desarrollo dominante. San Vicente decía que hay que estar siempre preparados para todo tipo de acontecimientos, con el fin de ser capaces de aprovecharlos en favor de los pobres.

Desde su fundación, las voluntarias y las Hijas de la Caridad tenían un objetivo común: servir a los pobres espiritual y corporalmente, viendo a Cristo en ellos y sirviéndoles de un modo organizado y eficaz.

Pero el carisma de los laicos vicencianos y de las Hijas de la Caridad no es el mismo; cada rama tiene sus características particulares. Como escribe San Pablo: « *A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común*» (1 Cor.12,7) El Espíritu llama a cada bautizado a una tarea específica: es su vocación única y personal que ha de comprender y seguir fielmente.

La vocación de las Hijas de la Caridad las llama a servir a Cristo en los pobres, consagrando toda su vida a Dios. Y no añado nada más, porque ustedes conocen muy bien su carisma, y el título de esta Asamblea general: ***Profecía y esperanza*** subraya el dinamismo y la actualidad.

Los laicos, están igualmente llamados a participar en la misión profética de Cristo. El Concilio Vaticano II puso de relieve que la función sacerdotal, profética y real de Cristo continúa hoy en la Iglesia y por tanto todos los bautizados participan en esta triple misión.

La Exhortación Apostólica « *Christifideles laici* » reitera la enseñanza del concilio: la Iglesia tiene una dimensión secular porque vive en el mundo y se interesa por la renovación del orden temporal. Todos son llamados a participar en esta dimensión secular, pero para los laicos es el lugar propio para vivir la vocación. *Christifideles laici* afirma que: “ *Unidos a Cristo, el «gran Profeta» y constituidos en el Espíritu «testigos» de Cristo Resucitado, los fieles laicos son llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social*” (CFL,14)

San Vicente creyó en los laicos, dándoles una gran confianza y les exigió que respondieran con generosidad y compromiso a la vocación al servicio de los pobres. Demostró su fe en el laicado, al fundar diversas asociaciones y al delegar en los laicos las tareas de dirección (cf. *Regla de las Caridades de Damas en Chatillon les Dombes, nov-diciembre de 1617. V. 575-577*). Fue también un hombre atento y dispuesto a recibir de la parte de los laicos y a lo largo de los años, su visión y sus proyectos se enriquecieron con la influencia debida al modo como las mujeres que él animaba, vivían su fe y su servicio.

Las primeras cofradías de la Caridad fueron experiencias creadoras en el ámbito del ministerio laical; Vicente les confió un ministerio útil y lleno de significado. Supo comprender la importancia del servicio realizado por hombres y mujeres del laicado como una suerte de ir a los pobres de una forma nueva. Fue más allá de los límites esperados y creo algo nuevo y entusiasmante.

Todos y todas participamos en la misión profética de Cristo, desde lo específico de nuestros carismas y en esta pluralidad se manifiesta la riqueza del proyecto de San Vicente.

De la colaboración en la Familia Vicenciana, puede y debe surgir una interacción eficaz, si hacemos el esfuerzo de actuar en comunión, reconociendo los carismas respectivos, conociendo el rol y las estructuras de cada uno. Para trabajar juntos, es necesario que cada miembro sepa detectar las raíces de la identidad común y al mismo tiempo, sepa respetar y amar el carácter específico de la otra rama, las diferencias vocacionales, las tareas de cada uno. Este amor y respeto mutuo es lo que da amplitud y riqueza a la misión. He utilizado intencionadamente la expresión “si hacemos el esfuerzo”, porque creo que este tipo de colaboración e interacción no se crea sola, hay que construirla, cuidarla con la voluntad, el compromiso personal, la oración, la fidelidad a los fundadores, ¡hay que creer en ello!

Por lo que se refiere a **la colaboración concreta**, sobre el terreno, ante todo deseo expresar todo el agradecimiento de la AIC a ustedes, Hijas de la Caridad, por la colaboración que existe ya y que ustedes siempre han ofrecido a las voluntarias. Hay varios ejemplos de sinergia preciosa y positiva, que muestran cómo el servicio a los pobres es más eficaz cuando llegamos a unir nuestras energías en proyectos a varios niveles: formación, espiritualidad y acción concreta.

Nuestra experiencia muestra que cuando en un país no hay Hijas de la Caridad o Sacerdotes de la Misión, la asociación ve debilitarse las motivaciones y la vida espiritual y no se mantiene. En esta sociedad el voluntariado no es fácil y sin una motivación espiritual fuerte, no se sabe hacer frente a las dificultades que se presentan y se abandona. ¡La sabiduría de San Vicente al crear diferentes ramas, fue grande!

Para profundizar más en esta colaboración, tengo unos sueños, quizá utopías, pero quien me conoce sabe que cuando hablo de utopía, pienso en una utopía que es proyecto: sabemos que la realización de esta utopía es lejana, pero también sabemos que cada día podemos dar un pequeño paso que nos acerca a su realización.

1. Un primer sueño de colaboración entre los equipos de laicos y las Hijas de la Caridad es reforzar dicha colaboración para la evangelización.

La evangelización es uno de los grandes desafíos que se presentan en el momento actual, pero me he dado cuenta de que para las voluntarias laicas es un punto difícil de realizar. A menudo, las voluntarias expresan su dificultad para transmitir la buena noticia en un mundo secularizado, que no está interesado en la dimensión espiritual. Son conscientes de que la evangelización es una parte fundamental de su misión vicenciana; se plantean el problema y desearían ser capaces de hacer que su acción sea evangelizadora, pero se dan cuenta de que los enfoques tradicionales ya no sirven y no saben qué hacer.

Sabemos que para San Vicente e la promoción humana y el anuncio evangélico como complementarios, como elementos integrantes del proceso de evangelización. San Vicente nos dice que hay diferentes maneras de evangelizar y que nuestra evangelización seguirá viva si proclamamos la buena noticia a través de:

- la realización de obras concretas de justicia y misericordia, que tienen el fin de liberar a las personas de la injusticias y de la marginación. El servicio a los Pobres es la Buena Noticia en acción, es la Buena Noticia que responde a las malas noticias vividas por los pobres todos los días.
- a través de la palabra, del anuncio de la presencia del Señor, de su amor, de su perdón, que significa proclamar la dignidad de todas las personas, sus derechos humanos y denunciar las injusticias.
- a través de un lenguaje de relación: estando cerca de los pobres, trabajando

con ellos, compartiendo, intentando formar comunidad con ellos, manifestamos que el reino de Dios está vivo y presente entre nosotros.

El desafío es poner en práctica estas enseñanzas. Pienso que una verdadera ayuda para hacer vida en lo concreto estas indicaciones podría venir del hecho de vivir juntos esta misión, de comprometerse juntos, cada uno en su rol específico, sin permitir a los laicos desanimarse ni que deleguen en las religiosas la parte espiritual, sino buscando juntos el hacer vida el Evangelio en nuestro entorno.

Es posible que haya entre ustedes Consiliarias de los equipos de la AIC, hermanas que trabajan en proyectos con las voluntarias, responsables de la animación de la Familia Vicenciana y estoy segura de que ponen todo su empeño en el problema de la evangelización. Quizás se podría reforzar en algunos países esta colaboración teniendo en cuenta las dificultades concretas de los laicos y la celebración del 350º aniversario podría ser una buena ocasión para lanzar iniciativas.

2. Un segundo sueño: Estar vigilantes para que en el servicio de los pobres y en la vida del equipo la organización no ahogue la profecía.

3.

En la vida de los equipos de las asociaciones laicas vicencianas deben darse varias dimensiones:

-La dimensión de la organización: el servicio de los pobres requiere

personal, recursos, continuidad. San Vicente dijo claramente que «los pobres sufren más por falta de organización que de personas caritativas» y él fue un maestro de la organización. Vicente planificó paso a paso toda acción, ayuda antes de comenzar; el reglamento de la primera fundación contiene en germen todo lo que caracterizará después su acción caritativa y social. Pero, al mismo tiempo, fue un gran profeta de la caridad.

- La dimensión de la profecía: la misión de los profetas tenía en el Antiguo Testamento y tiene hoy, una dimensión religiosa, porque el Señor es el origen, el corazón y el fin de la misión profética: Él es quien llama y envía, su mensaje es lo que debe ser anunciado, su venida es lo que debemos preparar. Pero la misión de los profetas tiene también una dimensión social, el anuncio de la buena noticia implica el compromiso de liberar a los oprimidos, defender a los débiles y promover la justicia. Para los bautizados esta acción social adquiere, más allá del valor humano, un valor profético y por ello profundamente religioso, pues es el Espíritu quien les confía la misión de renovar el mundo, de defender la dignidad humana, de promover la justicia, la libertad, la solidaridad, la paz.

Según San Vicente: *“Puede decirse que venir a evangelizar a los pobres no se entiende solamente enseñar los misterios necesarios para la salvación, sino hacer todas las cosas predichas y figuradas por los profetas, hacer efectivo el evangelio”* (SV XI-3, 391)

En los equipos de voluntarias es muy importante tener en cuenta estas dos dimensiones: que representan dos momentos diferentes y complementarios de nuestra misión, pero sabemos que no es fácil.

Ser vigilantes para que en la misión de los laicos la organización no ahogue la profecía es otro punto muy importante donde debería manifestarse la colaboración y el apoyo de las Hijas de la Caridad y especialmente de aquellas que trabajan en contacto con los equipos de la familia vicenciana.

Hay que ayudar al equipo a hacer una relectura evangélica de las acciones en marcha (en el momento de la evaluación) o de los proyectos que se están planificando en el momento de la programación. Hay que ayudarles a verificar si su acción es verdaderamente anuncio de Cristo en el seno de la comunidad, búsqueda de la justicia, testimonio de atención a los más pobres y marginados.

Tenemos que orar con los voluntarios y ayudarles a encontrar en la oración el dinamismo vicenciano por el cual la oración brota de la acción y conduce a la acción. Es importante que los equipos aprendan a orar de este modo, en relación con acontecimientos concretos, con las necesidades de los pobres, y a invocar al Espíritu en toda decisión, dificultad, reto.

Sé que no es fácil, pero sé que una consejera capaz de dar esta motivación es un verdadero don de Dios para las voluntarias y para los pobres.

3. Un tercer punto importante que sugiero para la colaboración es animar a los equipos a ser conscientes de su pertenencia a la Iglesia y de que deben manifestarlo siendo misioneros.

En la Asamblea general del Consejo Pontificio Cor Unum, el órgano de la Santa Sede responsable de la orientación y la coordinación de las actividades y de las organizaciones de Caridad, en 2008 y 2009, los trabajos se centraron en la parte de la Encíclica «*Deus Caritas est*» que trata de la dimensión espiritual de la acción caritativa y particularmente la formación de los laicos que colaboran en este servicio, indispensable en la iglesia, y que son los actores de la *diaconía de la caridad* –«el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico» – (*Deus Caritas est*, 21, 23)

En ella, el Santo Padre ha subrayado la importancia que tiene para los responsables de la pastoral de la caridad dedicar una atención constante a los que trabajan en el campo de la diaconía, y a la calidad humana y espiritual de estas personas pues el trabajo social debe ser al mismo tiempo trabajo misionero y profético en la Iglesia. La acción caritativa se lleva a cabo en nombre del Evangelio. Tanto para la persona acogida como para la persona que acoge, el acto de caridad es una experiencia espiritual.

Si «*Populorum progressio*» comprometía a los cristianos a actuar, «*Deus Caritas est*» les invita a volver a la fuente de su compromiso: es la fe vivida y profundizada la que alimenta la acción de Caridad.

El proyecto de San Vicente no pretende solamente un a eficacia pastoral: el equipo es solamente, una unión de fuerzas alrededor de un proyecto común, es una comunidad de fe, de intercambio y amistad. Y para los voluntarios y destinatarios, el ejercicio de la Caridad debe ser una escuela de fe, en el espíritu de San Vicente.

Yo creo que precisar el lugar de la diaconía de la caridad también es importante para la colaboración entre las asociaciones laicas vicencianas y las ramas religiosas de la Familia.

4. Una formación que debe madurar en la experiencia común de fe.

La formación de las voluntarias es una prioridad de la AIC que se compromete a una formación con miras a fortalecer los valores espirituales y vicencianos y a desarrollar las capacidades personales de las voluntarias para que puedan llegar a ser testigos capaces de transformar su comunidad.

Un punto fuerte que la AIC puede ofrecer para la colaboración es la **formación de las voluntarias**. La misión de la AIC internacional implica la formación en el espíritu vicenciano, el sentido de pertenencia a la Familia Vicenciana y una formación integral y continua para el servicio de los pobres.

La AIC propone Reflexiones espirituales que en los últimos años han tratado sobre la vida de San Vicente y las orientaciones que él daba a las «Caridades» de su época, para entresacar de todo ello sus líneas de acción para hoy.

Desde el punto de vista técnico, la AIC da una formación en una relación basada en la autopromoción y el llamado “empoderamiento” (es decir, el hecho de delegar poder y autoridad), el trabajo en red, en el Cambio Sistémico y da una gran importancia a la relación entre la acción individual y la acción social, a todos los niveles, desde el internacional, donde la AIC asegura una presencia activa en organismos internacionales hasta el nivel local para sensibilizar a las instituciones respecto a los problemas de la pobreza y hacer presión contra las injusticias.

La AIC utiliza diversos medios de formación: seminarios, visitas a otros países, la publicación de Cuadernos de formación por temas y de Reflexión espiritual, es un esfuerzo continuo directamente relacionado con la promoción integral de las voluntarias.

Pero lo que la AIC internacional no puede hacer es un seguimiento cotidiano: ella lo confía a las presidentas nacionales y locales, aunque todas sabemos que algunas veces la cadena de transmisión se interrumpe y no funciona, depende de personas. Nada más valioso que el acompañamiento personal y el seguimiento de grupo que puede hacer una consejera que vive en el lugar, que puede participar en las reuniones del equipo, que conoce la realidad: es el valor de la colaboración de las Consiliarias y de los Consiliarios de los equipos.

Su función no es solamente proponer una reflexión espiritual en las reuniones de los equipos de voluntarias, esto está muy bien y es necesario, pero el objetivo de la formación, la verdadera colaboración que la AIC pide a los/as consiliarios/as va más allá de esto, es la de ayudar a los equipos:

- a progresar en una experiencia común de fe que se fundamenta en las bases sólidas del proyecto y de la espiritualidad de San Vicente.

- a madurar en la conciencia de su misión de servicio y de evangelización,

- a ser una presencia profética en la comunidad eclesial, capaz de despertar las conciencias y de alertar a las comunidades sobre las pobreza.

Ustedes saben que el voluntariado en este momento está disminuyendo de forma considerable. La crisis actual del voluntariado no sólo se está viviendo en los países occidentales, nos hablan de esta disminución en países como Filipinas, Méjico, Brasil.

Por el contrario en los países en vías de desarrollo esta tendencia es al alza, pero se empieza a notar que la crisis mundial exige a muchas mujeres trabajar, para que su familia sobreviva y a veces no pueden permitirse realizar un voluntariado.

Esta situación requiere que la tarea de las voluntarias esté apoyada en una fuerte motivación espiritual. Sólo continuarán comprometiéndose en el servicio de los pobres si toman conciencia y se convencen de que su voluntariado vicenciano es la respuesta a una vocación, a una llamada de Dios.

Para concluir les diría que sueño con una colaboración que favorezca un salto cualitativo en la dimensión espiritual y vocacional de la vida de las voluntarias: así llegarán a dar un testimonio profético y serán capaces de trabajar en la transformación de las situaciones de pobreza y suscitar nuevas vocaciones para la continuidad de su misión.

La espiritualidad de San Vicente nos muestra que se llega a la santidad al descubrir la presencia de Cristo en la experiencia de servicio de los pobres vivida con humildad, sencillez y caridad. Esta espiritualidad vicenciana es el don más importante que ustedes pueden compartir con el laicado vicenciano.

El proyecto de San Vicente se realiza plenamente en la colaboración y se optimiza cuando existe un intercambio constructivo. Todos podemos dar mucho y mucho recibir si compartimos nuestro propio carisma personal y vocacional. Este intercambio de dones favorece un mejor servicio a «nuestros señores y maestros» los pobres.

San Vicente llega incluso a decir: *«Debemos ayudarnos mutuamente, soportándonos unos a otros y buscando la paz y la unión; porque ése es el vino que alegra y robustece a los viajeros en ese camino estrecho de Jesucristo. Es lo que le recomiendo con todo el cariño de mi corazón»*. SVP IV, p. 254 – carta 1477.

Señora Marina COSTA

Ex-presidenta de la AIC

HERMANO THIERRY-MARIE COURAU, OP

Exigencias de la misión

El diálogo interreligioso

Casa Madre, 27 de mayo de 2009

«La escucha crea el diálogo»

Diálogo y escucha son dos palabras muy utilizadas en nuestro mundo contemporáneo en todos los ámbitos, ya sea psicológico, político, eclesial, espiritual, económico o sindical, etc.... Hablamos de ello con frecuencia para expresar su necesidad o para constatar un vasto fracaso. “No llegamos a dialogar”; “esta persona no escucha”; “no se nos ha oído”. Fracaso del diálogo, fracaso de la escucha. En nuestras mismas comunidades religiosas se oye este vocabulario y se experimentan estos sentimientos.

Con estas expresiones tan habituales, se expresa un auténtico sufrimiento, designan una de las cuestiones fundamentales de nuestra condición humana, una de las expectativas más viscerales. Aluden, sin imaginarlo, a la cuestión del fin del hombre, del sentido de la existencia. Por eso pertenecen a todas nuestras realidades humanas y a la experiencia bíblica. El binomio *diálogo* y *escucha* se presenta como una expresión posible del núcleo mismo de la revelación recibida en el cristianismo. Por eso, diálogo y escucha orientan nuestro estar en el mundo, con nosotros mismos y con los demás. El encuentro con el otro en su diferencia cultural y religiosa se presenta como emblemático de la cuestión del diálogo, a causa de las implicaciones que parece suscitar en cuanto a la identidad creyente. Pero, de hecho, no difiere en sus fundamentos de cualquier otra situación relacional. Debido a mi responsabilidad y a mi experiencia, estará éste sin embargo como telón de fondo de mi conferencia.

Para ayudarnos a ver claro, les propondré, por contraste, comenzar designando lo que se considera como diálogo y que no puede serlo: es lo que llamaré las imitaciones o falsificaciones del diálogo.

Después intentaremos, rápidamente, ir a la fuente. Nos sumergiremos en la tradición bíblica y teológica para ver cómo la dimensión del diálogo y de la escucha estructura esa tradición.

Y concluiremos con el cometido de la persona humana cuando trata de corresponder a aquello que es su fundamento y le dirige a un fin.

Las falsificaciones del diálogo o los habituales callejones sin salida

Hablar de diálogo, es con frecuencia no saber de que hablamos.

Diálogo es un término muy general utilizado corrientemente para designar toda reunión y tiempo vivido juntos, conversación y debate, entre varias personas. Pero, lejos de ser cierto que todas esas reuniones, pequeñas o grandes, puedan ser designadas con ese término de diálogo, desde las de contenido vago hasta las de contenido teológico concreto. Por eso antes de poder decir en qué consiste el diálogo, es importante delimitar el campo en el que opera y para esto, señalar algunos callejones sin salida en los que se pierde.

Son ellos los que pueden hacer decir que el diálogo es imposible. Las falsificaciones del diálogo pertenecen a dos ámbitos. Por una parte, el de la búsqueda de la utilidad y, por otra, el de la respuesta a una necesidad. El primer callejón sin salida busca dominar. El segundo persigue un menor denominador común.

La búsqueda de la utilidad o la tentación de la destrucción.

En el ámbito del diálogo interreligioso, los terrenos favoritos conciernen al intercambio teórico y doctrinal, incluso teológico y ético, y al intercambio de experiencias espirituales. Los objetos posibles que se someten a debate son numerosos: discurso teológico, ritual, figuras trascendentes, textos, prácticas “espirituales”, actitudes morales, cuestiones de muerte y de salud, guerra, justicia y paz, etc. Muy a menudo desde esta postura, el diálogo se considera como algo que debe llevar a encontrar unos puntos de acuerdo o de divergencia, a emitir juicios o categorizaciones a partir de lo que cada uno es. Y cada uno se va con una idea del otro sobre la cuestión. Al otro se le pone una etiqueta, una etiqueta ya preparada en función de la idea de adonde debe llevar el diálogo. Si no lleva allí, aparece entonces la frustración como señal de que no ha habido diálogo. Una actitud así muestra que se trata de una falsificación de diálogo que se hace pasar por auténtico, de una tentativa de dominar al otro. Varias actitudes de dominio son posibles, entre ellas: la conquista, la absorción, la confusión, la negación.

La primera sobreviene cuando la comparación se convierte en el objeto primero del diálogo. La finalidad que se persigue en este tipo de reunión es mostrar la superioridad de una tradición sobre la otra. Se considera el diálogo como una herramienta proselitista que no se manifiesta como tal. Por ambas partes, es el lugar de una lucha, a veces sutil, donde se expone la prueba de la debilidad de la doctrina o de la actitud del otro. Éste no es el lugar del diálogo sino el de la conquista.

Otra actitud da preferencia al descubrimiento, incluso a la inmersión en la espiritualidad del otro, con miras a poder enriquecerse, apropiarse de algo. El deseo de lo nuevo es tan fuerte que la tradición de éste puede verse como un mortero que sirve para mantener la propia, considerada como inadaptaada al mundo contemporáneo, o para introducirse en el mundo del otro a fin de agarrarse a él como a una boya. Éste no es el lugar del diálogo sino el de la *absorción*, de la utilización.

Una tercera actitud, siempre en la reunión interreligiosa, busca en la conversación “mostrar la uniformidad de las descripciones de Dios, mostrar que somos todos iguales, que todos vamos hacia un único punto, pero designado de modo diferente”. Éste no es el lugar del diálogo sino el de la *confusión*.

Otra postura es la de la afirmación que prevalece sobre el deseo de comprender o de conocer al otro. Bajo capa de diálogo, intenta demostrar lo que él es y no quiere hablar del otro. Para mejor rechazarlo o utilizarlo, se le atribuirán virtudes u horrores, de ayer o de hoy, de aquí o de otra parte. Éste no es el lugar del diálogo sino el de la *negación* de la realidad actual del otro.

La satisfacción de la necesidad o la tentación de la construcción

El segundo callejón sin salida concierne a las necesidades a las que se responde con la puesta en práctica de “estrategias” de diálogo. Son una respuesta sagaz a la dificultad para vivir en un mundo pluralista, pero siguen siendo una construcción artificial, basada en el más pequeño común denominador.

La afirmación corriente dice que el diálogo comienza por “la vida compartida y por la acción común”. El interés, bien comprendido, consiste en lograr convivir juntos, o mejor en respetarse. La tarea se detiene entonces cuando se satisfacen algunos *intereses particulares*.

Más allá de los intereses particulares, está por supuesto la urgencia de dedicarse a construir la paz, la concordia, el compartir las riquezas, la solidaridad. Éste es uno de los motores de las asambleas internacionales contemporáneas a todos los niveles, político, económico, social o religioso. ¿Quién podría cuestionar esta tarea esencial ante la humanidad en peligro, esta urgencia de no oponer las culturas y las civilizaciones sino de reunir las en torno a una mesa común? Sin embargo ¿se trata de un diálogo o solamente de un *interés general* bien comprendido?

Comprendemos que en numerosas situaciones que pretenden ser una tentativa de diálogo, nadie trata de conocer al otro, de escucharle y hablarle, sino que cada uno intenta dominarlo, hacerse oír y hacer que se le oiga disertar. Esto es un apilamiento o una yuxtaposición de monólogos que intentan hacer creer en el diálogo, pero en realidad persiguen otros objetivos. ¿Cómo llegar a un verdadero diálogo?

Los fundamentos teológicos del diálogo

La tentativa de dialogar se mete en cierto número de callejones sin salida, porque no sabemos en qué consiste, qué pretende y dónde se fundamenta. Tomar la palabra ante otro es una de las tareas principales del hombre. Es una de las más difíciles, pues este acto sólo es auténtico si lleva consigo un compromiso hacia las cosas y las personas. No hay palabra posible hacia ellas sin comenzar por escucharlas, por dejarlas que se le den a conocer. A este nivel se puede hablar de diálogo. Si por el contrario, la postura que se adopta es la de oírse hablar, entonces sólo se trata de un falso diálogo por parte de la persona que habla.

El diálogo es el fin

La experiencia del diálogo encuentra en la Biblia su paradigma, su modelo, y la teología ve en ella un rasgo característico de la vida divina. Más aún, el diálogo fundamenta ontológicamente al ser humano. Es su camino de entrada a la condición humana.

Para una mirada cristiana, comprender al hombre nos hace entrar en la comprensión del designio de Dios sobre él. Dios quiere que el hombre participe en su propia vida y esté asociado a ella, a sus propios bienes, a imagen de las relaciones trinitarias. Esta comunión de vida en Dios es relación de palabra y de amor. Por eso Dios busca incesantemente entrar en relación con los hombres, de persona a persona, mediante los actos que realiza en su favor. Dios no cesa de dar su palabra, de proyectarla en la humanidad, para hablar a las personas, para atraerlas. El ser humano está llamado, invitado, convidado a entrar en esta experiencia de una relación dialogal y a vivir de esa experiencia, donde cada uno de los miembros de la relación se ve convocado a abrirse sin reserva. En realidad, la experiencia del diálogo es una aventura, sin duda la única aventura verdaderamente humana. Es otro término para designar el amor de amistad, marca con su sello la finalidad de toda vida humana.

Esta perspectiva de devenir hombre de palabra y de amor, se levanta a lo lejos, difícil de alcanzar. Toda la Biblia es el relato de esto: la historia de un diálogo de Dios con el hombre que tiene dificultad para establecerse de parte de este último. Desde Génesis 3,9 el hombre, al escuchar lo que quiere oír de lo que puede coger y habiéndolo devorado, comienza a destruirse, al esconderse y rehusar atreverse a entrar en diálogo con Dios. El pecado original abre un vasto período en el que podríamos decir que aprender a dialogar es una difícil tarea. Desde entonces, dialogar no se experimenta como algo que se nos da sino como una tarea a realizar.

Después de Noé que escucha a Dios y salva de la destrucción a la creación animada, Abraham introduce la historia humana en el aprendizaje de un hablar con Dios. Abrahán deviene un interlocutor del diálogo abierto y ofrecido por Dios. Pues, si Dios escucha al hombre desde el comienzo, el hombre no

escucha ni a Dios ni a sus hermanos en humanidad. Dios mismo traza entonces el camino al ser humano: aprender a escuchar y después de esta escucha, atreverse a hablar con libertad. Es el aprendizaje del diálogo del ser humano con Dios y con los hombres.

Podríamos retomar uno a uno los textos de la Biblia para descubrir cómo, poco a poco, este aprendizaje del diálogo se va llevando a cabo. El diálogo, que se inició en el Génesis y se vivió en los acontecimientos del Éxodo, toma forma en el Sinaí, donde la llamada y la respuesta de los interlocutores se inscribe en términos de alianza, de promesa, de Ley. El diálogo, entablado definitivamente, crea una historia. Poco a poco, va echando raíces bajo la acción de los profetas. Se desarrolla en los salmos y los escritos de sabiduría lo promueven. Así va a establecerse a lo largo y a través de la historia de la gesta divina con su pueblo, que poco a poco se deja penetrar por la Palabra y descubre que su Dios es, cada vez más, Otro, aun estando cada vez más cercano. Con el reconocimiento de esta alteridad definitiva se establece la promesa de la comunión.

Cristo, forma realizada del diálogo

Con Cristo, el marco mismo del diálogo “estalla”. En Jesucristo, el hombre está a la escucha de Dios y Dios se comunica al hombre tal como es, ya que es recibido en su totalidad. La reciprocidad de amor y de palabra tan esperada se hace realidad. Su fruto es poder acoger en este diálogo humano-divino al conjunto de los seres humanos y hacerlos dialogar juntos. La vida de las tres personas es por excelencia el lugar donde se puede desplegar el diálogo entre las personas humanas y, por supuesto, el diálogo de la persona humana con Dios.

El hombre se comprende así en el cristianismo como instituido por y para el diálogo. Este no es algo que se le ha dado, ni es innato, ni un logro definitivo, sino una prueba que hace entrar en la Vida. Es un camino que le conduce a su fin: el diálogo perfecto. (Abierto a la palabra a través del grito, llamado por Dios por medio de su nombre, puesto en marcha por la recepción de una palabra de promesa, introducido por la rebeldía en el uso de su propia palabra y por el “paso” al “tú”, a la confrontación, transformado por el encuentro asiduo, dinamizante y transformador con Dios, después, al fin inmerso en un diálogo permanente con Él, el hombre es llevado a entrar en posesión de esa tierra prometida que es la vida divina, el Reino de Dios. Esa vida divina es la relación de las tres personas, donde el Amor se comprende como ese movimiento en el que al abrirse a la otra persona todo se da y todo se recibe en un único intercambio).

El ser humano es introducido por Dios mismo en el misterio de la Vida, vida de Dios y vida como hombre. Deviene hombre al devenir un ser humano consagrado al diálogo.

La tarea: el aprendizaje de la escucha

Para entrar en la condición humana, el camino que se impone es el diálogo. Es ahí donde se experimentan el ejercicio de la verdad y el de la confianza desde la ausencia de temor, la muerte de uno mismo y la apertura al otro.

La escucha crea el diálogo

Las falsificaciones o imitaciones del diálogo nos han mostrado que la sola puesta práctica del debate con miras a obtener unos resultados proyectados, conduce a un diálogo imposible. Ningún resultado, sólo vencidos. La única actitud posible para evitar el fracaso sería callarse. ¿No sería esto de nuevo la imposibilidad del diálogo? Afirmar que callarse hace el diálogo imposible, es equivocarse una vez más sobre lo que es el diálogo. No es una conversación entre dos o entre varios. La realidad que recubre es otra.

Se trata de ser llevados juntos por la palabra, de ser proyectados a través de la palabra y con esa palabra hacia la verdad de lo que nos fundamenta y nos lleva a ser lo que cada uno es. Esta palabra no podría advenir de otro lugar sino del silencio, de la escucha del otro que acepta abrirse para recibir, no podría advenir sino del re-cogimiento.

El diálogo comienza, no cuando el que quiere entrar en diálogo convoca al otro para un tema concreto sobre el que debatir, sino cuando va a compartir el tiempo del otro, cuando decide ir hacia el otro, tratar de comprenderlo en su entorno y en sus textos. Poco importa el rechazo o no.

El diálogo se establece por este gesto que subsiste ya sea como aspiración o como compromiso continuo, paciente, tenaz, del que se pone a los pies del otro para escucharle y recibirle, del que sirve sin buscar servirse a sí mismo, del que acepta que el otro eluda la propuesta del encuentro, del que no busca conquistar o absorber la palabra del otro, sino que trata de dejarse penetrar por ella, sencillamente.

El diálogo es amistad

En un encuentro así comprendido, el diálogo se escoge con objeto de conocer y amar al otro en su diferencia, y, por eso mismo, de conocerse mejor, comprenderse y amarse en su propia diferencia. Lejos de querer primero comparar las ideas, la historia y los elementos que fundamentan la vida y las actitudes del otro, cada interlocutor percibe y reconoce la dificultad para entrar en el mundo del otro, de su cultura, su historia, sus tradiciones. Ante todo, se mantiene en el respeto de aceptar no saber, no comprender, no temer. Habiendo aprendido, poco a poco, a dejarse acoger por el mundo del otro, el hombre de diálogo puede ir con él hasta el punto en que puede hablar de él a otros delante de él sin herirle, donde puede exponer sus doctrinas, acompañarle en su propio camino crítico y constructivo para su propio bien. Así es como el que se da a conocer se descubre recibido tal como es, se descubre amado y no como una presa a coger. Por este camino y con el tiempo, los interlocutores del diálogo aprenden a conocerse. Por eso el diálogo conduce a la amistad desde la vulnerabilidad.

La amistad no significa igualdad. La igualdad o la reciprocidad en la calidad de la recepción o de la emisión de la palabra, no están en el principio de la realización del diálogo. Esta igualdad es un engaño. Hay diálogo efectivo desde el momento en que uno de los múltiples interlocutores del diálogo se pone en situación de escucha y de comprensión, ya que la palabra penetra en él. Esta escucha es el gesto que manifiesta el querer-ir-juntos en búsqueda de la verdad que fundamenta la base común de los interlocutores, el de la verdad antropológica, que hace de los seres humanos hombres, que sostiene toda actividad religiosa o sencillamente humana. Esta verdad antropológica sólo es accesible a través de las culturas y de las personalidades. No es un dato espontáneo y transmitido con una lengua universal. Llegar a ello poco a poco requiere tiempo, paciencia, vulnerabilidad. Por eso el diálogo necesita unir inteligencia y amistad, razón y confianza.

La transformación de los corazones, fruto del diálogo

La vulnerabilidad está en el núcleo del diálogo. Se inscribe en la doble actitud de la escucha y de atreverse a hablar ante el otro, tan diferente. De escuchar y de no ser oído. De arriesgarse a hablar y aceptar que su palabra no sea recibida, comprendida. El diálogo es un darse muerte a sí mismo, a los propios miedos. El que se arriesga al diálogo se arraiga en el silencio, en la acogida del otro, en el rechazo de deber dar una respuesta a la palabra del otro. Acepta quedar en suspenso, no solucionar las situaciones, no buscar salvar él mismo al diálogo de sus propios callejones sin salida. Por eso esta travesía por la palabra, conduce a debilitamiento del amor propio, a la renuncia de las tentativas de destrucción o de construcción. Contribuye a la transformación del corazón, de los corazones. Desvela su fondo, sus expectativas y sus ambiciones, sus miedos y sus resistencias, su apertura y su capacidad de acogida. Esa revelación es una

suerte, una oportunidad, es el camino de la purificación necesaria, del paso de lo cercado al claro, de la barrera al espacio abierto.

El diálogo es la misión

Un diálogo tal ¿no parece renunciar a la responsabilidad misionera de la Iglesia?

La transformación de los corazones es la misión en acto. Si el que se abre al otro lo hace sin miedo, sin inquietud, sin objetivo de captación, de juicio o de categorización, entonces se opera, de manera inesperada, el ejercicio mismo del testimonio, de la *misión*, ya que es con esta actitud de apertura y de entrega a aquel que viene a nosotros, como se anuncia a Cristo y a su Dios, como se anuncia su palabra y su vida. Si es justo que pueda decirse una palabra explícita, pues es necesaria, por y para el que se descubre recibido y liberado por esta acogida y, por y para los suyos, a fin de desvelar su fuente viva^{xlvi}, esta palabra no se puede imponer. Porque sería entonces como un cabello en una sopa maravillosa, inadmisibile. Esa palabra sería una falsificación del amor de amistad que ella misma anuncia.

El diálogo, por desplegarse en el tiempo, en el núcleo de la obra de salvación activa en la historia humana, el diálogo no puede ser una herramienta, ni siquiera una herramienta misionera. El diálogo es la misión misma. El diálogo corresponde a la finalidad que se persigue, la del amor recibido y que recibe, vivido y proclamado por lo que se vive, que se traduce precisamente por la celebración de la vida, por el servicio a los hermanos particularmente con miras a la justicia, la alabanza compartida y las conversaciones fraternas^{xlvi}.

Conclusión

Para concluir esta breve reflexión, volviendo a nuestro cuestionamiento introductorio respecto al fracaso del diálogo, estamos invitados a profundizar en el sentido de nuestra realidad humana para no equivocarnos sobre el sentido del diálogo.

El sentido de la existencia puede enunciarse, en particular, como la espera de poder ser recibido por otro, de ser acogido por él tal como somos. Lo que nos lleva, por nuestra parte, a disponernos a acoger al que se da a conocer y se deja encontrar, sin intentar captarlo y hacer de él un instrumento útil para dominarlo o un bien para poseerlo. Disposición que nos moviliza totalmente y nos hace capaces de corresponder mediante el servicio y la alabanza al otro que nos convoca.

El sentido de la palabra diálogo, ya lo hemos visto, está por descubrir. Acoger la palabra del otro invita a la escucha, más bien incluso por obligación, a oír lo que se dice con un silencio o con una palabra, con un gesto, con una actitud o una emoción. Con este recogimiento atravesado por una palabra, mediante la actividad de la inteligencia y del querer, es como recibe, selecciona, ordena y escoge – separa, el otro adviene como otro, y el “yo” adviene a sí mismo. La relación que se establece pasa a ser promesa de comunión. Esta actividad es el sentido profundo de la familia de palabras griegas que ha dado en francés el término “diálogo”. Comprendemos muy bien que lejos de ser una conversación entre iguales o un intercambio de declaraciones con intención consensual, el diálogo es la opción del que acepta situarse en la actitud de escucha de aquellos con quienes tiene que hablar para tratar de comprenderlos y recibirlos a partir de lo que son, separados de lo que él es por la palabra.

Una escucha que interroga y busca descifrar la palabra y su soporte, sin ambicionar jamás captarla y hacer de ella su cosa, su propiedad. Una actitud en que la palabra de quien habla penetra al escucharla y lo libera de la tentación de la confusión y de la destrucción recíproca para conducirlo por ese mismo movimiento al advenimiento de sí mismo y del otro, solamente para su alegría.

El diálogo, el “*dia-logos*”, que se puede transcribir como “por, a través del *logos*”, como “travesía a través de la palabra”, se da así como el acontecimiento del reconocimiento de una irreductible alteridad. El diálogo no puede ser del orden de lo útil o de lo necesario, de la posibilidad o de la necesidad. En el cristianismo, es el lugar, la forma y el fin de la revelación divina. Es del orden del fundamento, del camino y del fin de la existencia humana. Aplicarse al diálogo, para el hombre que se presta a él, es el camino que lo hace capaz de diálogo. Ese camino, desde la escucha, que lleva a atreverse a decir una palabra sin rodeos, contribuye a conducirlo al encuentro que vale por sí mismo, es decir, a ese vis a vis con el otro, carne de su carne, definitivamente diferente, que lleva por nombre el amor de amistad.

fr. Thiery-Marie Courau, o.p.

Director del ISTR (Instituto de Ciencias y Teología de las religiones)

« No trataré de modificar nada de lo que pienso, ni nada de lo que ustedes piensan (aun cuando pueda juzgarlo) a fin de obtener una conciliación que nos resultaría agradable a todos. Por el contrario, lo que desearía decirles hoy es que el mundo tiene necesidad del verdadero diálogo; que lo contrario del diálogo es tanto la mentira como el silencio, y que por tanto no hay diálogo posible sino entre personas que son lo que son y que hablan con sinceridad”^{xlvi}

Notas

^{xlvi} “Y por la fe en su nombre, este mismo nombre ha restablecido a éste que vosotros veis y conocéis” Hch 3,16.

^{xlvi} Esto representa los cuatro planos habituales de diálogo en el seno de la Iglesia católica: intercambios teológicos, intercambios a nivel de la experiencia espiritual, diálogo de la vida y diálogo de la acción común. Cf. CPDI, *Dialogue et mission*, 1984.

^{xlvi} Albert Camus, Conferencia dada en el convento de los dominicos de La Tour-Maubourg (*sic*, es decir en el convento Santo-Domingo, en París), 1948. in Albert Camus, *Essais*, ed. establecida y anotada por Roger Quillot y Louis Faucon, París, Gallimard, Biblioteca de La Pléiade, 1965, p. 372.

Después de su conferencia,
el Hermano Courrau, o.p, refuerza
algunas de sus convicciones
relativas al diálogo interreligioso
que sirven para todo diálogo

Notas tomadas durante el intercambio espontáneo con los miembros de la Asamblea

Los prejuicios hacen difícil todo diálogo

A) Siempre estamos con prejuicios; no hemos de creer que nosotros nos libramos de ellos. Esto forma parte de nuestra vida, de nuestra historia. Los prejuicios ¿constituyen un obstáculo insuperable para el diálogo? A menudo son la primera guía de lectura de todo encuentro; por eso es importante ser lúcidos respecto a los prejuicios, es decir saber que pueden convertirse en un verdadero obstáculo para el encuentro e incluso pueden llegar a impedirlo. Hemos de identificar en nosotros mismos las diferentes etapas que hay que atravesar durante todo encuentro.

* La primera etapa es aquella en que creemos comprender en seguida lo que la otra persona trata de decirnos. Nos apropiamos de sus ideas pensando: esto se parece o no se parece a esto que yo pienso.

* La segunda etapa permite entrar más profundamente en la conversación, en la escucha; entonces, descubrimos que no comprendemos nada. Porque el otro es verdaderamente diferente, los prejuicios van a caer de una manera o de otra, porque el otro es realmente distinto. Al principio no pensábamos que la diferencia fuera tan grande. Con la escucha verdadera del otro, descubrimos que todo lo que habíamos imaginado se va hundiendo para dar lugar a la incompreensión. Esto ocurre en numerosas relaciones, incluso con nuestras hermanas y nuestros hermanos en comunidad.

* En una tercera etapa, descubrimos que no hemos de comprender al otro tal como lo habíamos imaginado, sino aceptar que no lo comprendemos e incluso renunciar a creer que podíamos comprenderlo.

Sin embargo, en este caminar, algo ha surgido: yo aprendo a conocer al otro, es decir he emprendido un camino en el que me he visto obligado a renunciar a creer que podía comprender a esa persona y a descubrir que iba aprendiendo a conocerla: por tanto, renunciar a comprender para aprender a conocer. Ya saben que "conocer" en la experiencia bíblica y cristiana quiere decir: "hacer la experiencia íntima de". Cuando el hombre conoce a Dios, hace la experiencia íntima de Dios.

En este trabajo de búsqueda de comprensión del otro, después de la primera etapa de los prejuicios, la segunda etapa en la que no se espera comprenderlo, se trata de proseguir el camino, de continuar procurando comprender aun cuando, en un momento dado, descubramos que no podemos, porque hemos aprendido a conocer al otro.

B) En cuanto a los prejuicios que el otro puede tener sobre mí, es necesario recorrer otro camino que supone entrar en la comprensión de la realidad del otro pero también no esperar del otro lo equivalente

a lo que yo le puedo ofrecer y a veces supone incluso poner algunos límites para no sobrepasar, con miras al bien de ambos.

Cuando tengo la impresión de que el otro no me recibe tal como soy, de que no me comprende, no me acoge, mientras que yo hago el esfuerzo por entrar en diálogo con él, podré desesperar porque yo quisiera recibir lo equivalente a lo que yo ofrezco. Hay diálogo desde el momento en que acepto comenzar a comprender la realidad del otro.

El diálogo es obra de la inteligencia y del amor. El amor es inteligente. Acoger, recibir, recoger, abrirse al otro, no es aceptarlo todo, sino ofrecer un lugar de apoyo. No hay apertura posible más que si hay un límite. Quien dice límite, dice firmeza, es decir lugar donde el otro no puede ir más lejos, no porque yo tenga miedo, sino porque se trata a la vez de su bien y del mío. Si el prejuicio que el otro tiene sobre mí es un prejuicio de orden destructor, es importante conservar, por amor, una actitud de apertura pero también de firmeza.

Pongamos el ejemplo del diálogo interreligioso con nuestros hermanos musulmanes. Hemos dicho que hay diálogo desde el momento en que acepto comenzar a comprender la realidad del otro. Ahora bien, hay que saber que, en la visión teológica musulmana, es impensable no procurar convertir, porque en cierto modo, está en juego la salvación para todos sus hermanos los seres humanos. Es importante conocer esto para comprender cuál puede ser la actitud del otro respecto a nosotros. Una vez que he comprendido esta actitud fundamental, ¿puedo dejar que se haga cualquier cosa respecto a mí o respecto a mis hermanos y hermanas? Ciertamente que no. ¿Por qué? En el diálogo y en el amor, es fundamental impedir que el otro se destruya destruyendo a su hermano.

El Magisterio de la Iglesia y el diálogo interreligioso

El Magisterio de la Iglesia trabaja actualmente sobre la teología de las religiones y la teología del diálogo. No existe hoy todavía una teología del diálogo estructurada y fundamentada. Sin embargo, desde el Concilio, la Iglesia trata de comprender mejor el lugar de las religiones y del diálogo en el designio de Dios. Si tienen ustedes la oportunidad de trabajar los textos del Magisterio desde el Concilio en lo relativo al diálogo, verán que sitúan el diálogo como un método o como un medio con relación al anuncio de la Buena Noticia.

En nuestra tradición católica, la teología es un trabajo que se hace y se prosigue incesantemente; lo hacemos juntos, como Iglesia, con las experiencias que los cristianos viven en las diferentes situaciones, en referencia a nuestra tradición, a la Biblia, a la Historia. En el transcurso de los siglos, la Iglesia no ha cesado de evolucionar para progresar en la relación con otras religiones. Igualmente, la Compañía de ustedes ha seguido la misma evolución y esto todavía va a acentuarse más porque está situada en un contexto histórico, social y geográfico diferente.

Hoy, la Iglesia está impulsada por este espíritu del diálogo tan fuertemente anunciado por Juan Pablo II, especialmente en la reunión de Asís en 1986 y continúa trabajando en los fundamentos teológicos del diálogo. Personalmente, pienso que el amor es la única respuesta que, como Iglesia, podemos aportar al mundo y que es del orden de nuestra responsabilidad. Es muy importante siempre situar bien el diálogo en este nivel.

Fundamentos antropológicos

Hoy nos planteamos el interrogante: ¿hay finalmente un ser humano universal? Esto es cada vez menos seguro a nivel de la cultura, pues ya vemos qué capaz es cada cultura de estructurar a los seres humanos. Sin embargo, hay una verdad antropológica que estamos llamados a compartir en lo que se refiere al amor. Cada una de ustedes ha podido hacer la experiencia de que, cualquiera que sea el país donde se encuentre, las tradiciones religiosas que tiene en su entorno, etc., encuentra a personas dispuestas a acoger, a recibir, a ser recibidas, y esto se da de la manera más sencilla posible, cualesquiera que sean las culturas y los puntos de vista religiosos. Ahí está la ambivalencia humana: oír en sí mismo esta aspiración fundamental a la acogida y al mismo tiempo ser capaz de destrucción de aquel cuya acogida y amor se ha percibido.

Tenemos también que reflexionar sobre esta dicotomía que llevamos en nosotros mismos: entre la aspiración fundamental y la actitud condicionada por la historia, por el entorno, la religión, los prejuicios, los juicios rápidos... Todo esto para decir que el Concilio Vaticano II nos recordó cómo la unidad del género humano es una visión cristiana. Todos los seres humanos estamos llamados a vivir en la unidad. Para nosotros, cristianos, esta unidad está fundada en Jesucristo. El Concilio dijo que Cristo se ha unido de alguna manera a todo hombre; pero esto no quiere decir que todo hombre se ha unido a Cristo. Por tanto, estamos llamados a la unidad del género humano por la persona misma de Cristo.

La pastoral de la Iglesia

Creo que toda pastoral que articula de modo coherente una palabra y un acto produce frutos a favor de aquellos a quienes se dirige. Muy a menudo la dificultad en las actividades de evangelización es la incoherencia que la gente puede percibir entre nuestras palabras y nuestros actos. Si amamos a los demás, hemos de acogerlos y aceptar recibir de ellos. El gran trabajo que hemos de hacer siempre y que transforma nuestro ser, nuestras comunidades y la Iglesia, es aprender a recibir antes que dar.

Debemos contemplar el movimiento del Amor en la Santísima Trinidad para comprender nuestro lugar en la humanidad. Con mucha frecuencia estamos en una actitud que consiste en que nos colocamos en el lugar del Padre. Ahora bien, nuestra actitud ha de ser la de estar en el lugar del Hijo. El Padre es el que da. El Hijo es el que recibe. Su única actitud es la de recibir y es fundamental, porque si el Hijo no recibe, el Padre no puede darse. Para que el Padre pueda darse, hace falta que esté el Hijo que recibe. En un plano lógico, el don del Hijo al Padre está en segundo lugar respecto a la actitud de recibir o de acoger la totalidad del Padre. Y este intercambio entre el Padre y el Hijo, entre el Hijo y el Padre es lo que llamamos el Don, es decir: el Espíritu Santo.

Nuestro lugar como seres humanos está en situarnos como hijos e hijas; es decir, como quienes lo reciben todo del Padre y todo de los demás. Y porque reciben de los demás, pueden darse a los demás, si no, no nos damos nosotros mismos. Por eso, la vida cristiana no puede ser sino una muerte a sí mismo; y no solamente la vida cristiana, sino incluso la misma 'vida humana'. Es decir que el cristianismo anuncia aquello a lo que el hombre está destinado. Y el hombre está destinado a esa apertura total que es la de Cristo en la cruz. No en balde tenemos a Cristo en la cruz: Él es la apertura total, la acogida de todos los que acuden a Él, incluso de los que lo crucifican y a los que reconcilia antes de morir: *"Padre, perdónales; no saben lo que hacen."* Es decir que las relaciones con los que lo crucifican quedan restablecidas, mantenidas; ninguna relación estará perdida. Y el movimiento del Hijo es acoger todo en él hasta punto de que no puede ya cerrar sus manos, si puedo hablar así; están definitivamente abiertas. Es la actitud que estamos invitados a vivir: configurarnos con Cristo, dejarle hacer esta obra en la que nos abrimos al otro para recibirlo; y, al recibirlo, nos damos a él. Si, a la inversa, olvidamos la actividad de recibir, de la acogida, de la escucha, vamos a situarnos en la política del don: te doy un poco de tiempo, un poco de dinero, un poco de educación, un poco de atención y cuidado de tu salud, etc. ¡Muy bien! Y el otro lo tomará en la medida en que lo necesite; pero no habrá experimentado la acogida de sí mismo tal como es.

Ser recibido tal como es, en el momento en el que lo decide, como es, es experimentar el Amor mismo de Dios que nos pone en los caminos para ir a proclamarlo y a anunciarlo.

A modo de conclusión

En lo que he tratado de decir, ven ustedes muy bien que el diálogo comienza a partir del momento en que nos disponemos a ponernos a la escucha del otro. Puede resultar extraño pensar que el diálogo existe ya cuando simplemente uno de los dos interlocutores está en actitud de escucha. Muy a menudo, entendemos el diálogo como algo que pasa necesariamente como una reciprocidad. Pero el desafío del diálogo no se sitúa como una búsqueda de debate, de conversación, de aceptación del uno por el otro. Se sitúa como el ponerse uno mismo en la disposición de recibir al otro tal como es, incluso cuando él no nos reciba. Y esto es lo que hay que comprender, si no, intentaríamos conseguir resultados mientras que esta actitud de que halamos no puede dejar de dar frutos. No hay que confundir los frutos y los resultados. No nos pertenece a nosotros salvar a los demás, es Cristo el que salva. Es importante no olvidarlo nunca. No se fuerza el diálogo tratando de conseguir del otro una respuesta a mi actitud de escucha y de acogida. El diálogo existe a partir del momento en el que yo estoy en actitud de escucha, cualquiera que sea la actitud de la otra persona. ¡Miren a Dios! Hace milenios que se dispone al diálogo con el hombre. ¿Cuántos responden? Y no se cansa, hasta el punto de venir Él mismo a esta Humanidad para manifestar por lo menos en un hombre cuál puede ser la respuesta de un diálogo perfecto, consumado y acabado. Dios no cesa de disponerse al diálogo. Él es el diálogo. Si no comprendemos esto, vamos a perseguir todo tipo de objetivos que pueden desesperarnos, porque son imposibles de alcanzar. Ustedes jamás podrán cambiar al otro. Se trata de acogerlo y de amarlo tal como es, y – como se lo voy repitiendo- sin dejarse destruir por él, porque al destruirles a ustedes, él se destruye. Por tanto, hay una responsabilidad del amor que consiste en presentar una actitud firme y a la vez tierna, cariñosa, con respecto a la otra persona, que permite a cada persona experimentar qué es ser recibido y recibir.

Creo que todos, jóvenes o ancianos, o de otra tradición, de otra cultura, todos estamos ávidos de un encuentro verdadero y real. Y si le ofrecemos a alguien la ocasión de poder ser recibido a nuestra mesa, y poder ser escuchado por alguien que no intenta dominarle, sucederán cosas asombrosas en el orden del conocimiento. El gran temor que tenemos todos es que, cuando encontramos una mano abierta y vamos a “alojarnos” en ella, que de repente, esa mano se cierre y finalmente nos convirtamos en “la cosa” de la persona que nos ha acogido. Por tanto, el amor “ágape” de Cristo es una apertura total donde el otro puede venir y puede también marcharse. Si estamos en esta actitud de apertura total y de gratuidad, se dará una auténtica experiencia de conocimiento. Muchas cosas van unidas a esto esencial del amor “ágape” que es la dimensión de acogida, de recepción, de libertad del que viene a nosotros y se abre a nosotros.

Hermano Thierry-Marie Courau, op

Director del ISTR (Instituto de ciencias y teología de las religiones)

YVES-MARIE BLANCHARD

Exigencias de la misión: el diálogo ecuménico

Profecía y esperanza:

los avatares del diálogo ecuménico

Casa Madre, 27 de mayo de 2009

La palabra “ecumenismo” tiene a veces mala prensa: la presencia de una palabra abstracta terminada en “ismo” hace temer a algunos que se trata de una nueva religión, incluso de una síntesis artificial de las Iglesias cristianas. Por eso hablaremos, mas bien, de “movimiento” o “diálogo” ecuménico, para designar no un sistema teórico, sino una realidad muy viva, en pleno desarrollo, con progresos e interrupciones –e incluso retrocesos- en resumen un proceso en curso, muy lejos de terminarse y particularmente adaptado a la problemática de su Asamblea general: “Profecía y esperanza, ahora y por todas partes”. Sí –y vamos a verlo- el movimiento ecuménico es, a pesar de algunas apariencias, una realidad totalmente actual (ahora). Por definición, es un cometido universal (por todas partes), aunque en algunas regiones del mundo existe una conciencia más viva a este respecto. Sobre todo, se trata de un proceso en devenir, cuyas motivaciones llevan a la esperanza y sus realizaciones, aunque modestas, pueden ser consideradas como proféticas. Ya lo ven, estamos plenamente en el tema de su asamblea, al dirigir nuestras miradas al movimiento ecuménico, entre esperanza y profecía, ahora y por todas partes. Nuestra exposición se compone de seis apartados.

1. Hay que recordar que el movimiento ecuménico es una realidad reciente, de hace justo un siglo, lo que quiere decir que, si las divisiones son muy antiguas (grosso modo desde el siglo V por lo que se refiere a las Iglesias antiguas orientales, el siglo XI a la Ortodoxia, el siglo XVI a las Iglesias de la Reforma), fue necesario esperar los inicios del siglo XX para que se organizaran encuentros inter-eclesiales, primero en el seno del mundo protestante, pero también con los Ortodoxos, Anglicanos y en menor medida, los Católicos. Se fueron configurando paralelamente dos modelos: el de las conferencias internacionales, celebradas a intervalos regulares, como los tres movimientos que estuvieron en el origen del Consejo Ecuménico de las Iglesias (el Consejo internacional de las Misiones y sobretudo las dos corrientes del cristianismo social- Vida y Acción, Life and Work – y del diálogo teológico – Fe y Constitución, Faith and Order); el de los encuentros bilaterales, uniendo dos Iglesias, a menudo a partir del carisma de personalidades excepcionales, cuyo compromiso puede verdaderamente ser considerado “profético”. Por ejemplo las Conferencias de Malinas, fruto de la profunda amistad entre el anglicano Lord Halifax y el Cardenal Mercier, arzobispo de Malinas-Bruselas a principios del siglo XX.

Después de estos comienzos prometedores, dos fechas hay que retener: en primer lugar, 1948 en Lausana (Suiza), el nacimiento del Consejo Ecuménico de las Iglesias (WCC : World Churches Council), nacido de la fusión de las dos principales corrientes precursoras; después, el Concilio Vaticano II, cuya declaración sobre la Unidad de los Cristianos (Unitatis redintegratio : 1964) no sólo acepta la tarea ecuménica sino que hace de ésta una prioridad eclesial y un compromiso irreversible. Aunque esto haya podido ser evidente a veces, este compromiso de la Iglesia católica, es totalmente válido hoy: muchas veces ha sido confirmado por el compromiso concreto y la enseñanza doctrinal de los papas Pablo VI, Juan Pablo II (con la magnífica encíclica *Ut unum sint* en 1995, entre otras) y ahora Benedicto XVI. Así pues, el ecumenismo está más que nunca al orden del día, bajo el impulso del Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos, hoy presidido por el gran teólogo Cardenal Walter Kasper. Señalemos que, si la Iglesia

Católica nunca se ha adherido al Consejo Ecuménico de las Iglesias (que hoy reúne a más de trescientas Iglesias) -sin duda por temor a que el movimiento se reduzca sólo a ser una especie de foro superficial, como la Asamblea general de las Naciones Unidas- participa plenamente en los trabajos de la rama teológica (Fe y Constitución), en la cual se lleva a cabo lo más importante del estudio fundamental con miras a la Unidad de las Iglesias (por ejemplo el famoso documento de Lima 1982: Bautismo, Eucaristía, Ministerio, en siglas: BEM). De esta situación paradójica (presencia-ausencia de la Iglesia Católica en el Consejo ecuménico) destaca, entre otras, la situación europea, con el diálogo, dicho sea de paso muy cordial y realmente eficaz, entre el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), que representa a los Católicos de Europa y la Conferencia de las Iglesias de Europa (KEK), que reagrupa una multitud de Iglesias procedentes de la Tradición oriental o de la Reforma protestante. Las dos instituciones colaboran estrechamente entre ellas, como ocurrió con la adopción de la Carta ecuménica europea (2001) y la celebración de una tercera asamblea europea, en Sibiu (Rumanía), en septiembre de 2007 (después de Basilea, Suiza-1989- y Graz, Austria- 1997) y consagrada justamente al lugar que ocupan las Iglesias cristianas en el proceso de construcción europea.

2. Los resultados conseguidos a lo largo de una historia relativamente breve –y reconozcámoslo, frenada por el retraso de la Iglesia Católica que fue mucho tiempo hostil al movimiento ecuménico y no se unió verdaderamente a él hasta 1964 con el Concilio Vaticano II – son realmente considerables, si recordamos cual era la situación hace sólo medio siglo. Es fácil establecer una lista, por otra parte incompleta, de los progresos realizados en este ámbito. Señalemos solamente algunos puntos:

a) el levantamiento mutuo de las condenas y excomuniones que databan sin embargo de hacía varios siglos, casi un milenio en el caso de las relaciones entre Católicos y Ortodoxos, restablecidas por Pablo VI y Atenágoras, el 5 de enero de 1964 en Jerusalén;

b) la confesión común de la fe, principalmente entre el Papa y los patriarcas de las Iglesias orientales antiguas (armenios, coptos, sirios), así como la firma de acuerdos doctrinales, como la declaración común sobre la justificación, aprobada por la Iglesia Católica y la Federación Mundial Luterana, el 31 de octubre de 1999;

c) la organización de oraciones interconfesionales, principalmente en el marco de la Semana anual de oración por la Unidad de los Cristianos (18-25 enero), instituido en Lión por el Padre Paul Couturier en 1935 y readaptada fielmente desde entonces cada año;

d) la existencia de múltiples comités mixtos de diálogo teológico, tanto a nivel universal como en cierto número de países, especialmente en Francia o los Estados Unidos, donde algunos comités se han dado a conocer por la calidad de sus trabajos. Citemos como tal, el Grupo de “Dombes”, Francia, que desde 1937, prosigue un diálogo profundo y verdaderamente profético entre Católicos y Protestantes francófonos, en forma de un grupo privado y no oficial, pero dotado de una autoridad moral ampliamente reconocida.

Sobretudo, más allá de estas adquisiciones institucionales, conviene poner de relieve el excelente clima relacional y fraterno, en adelante obligatorio en numerosos países, y eso de modo complementario nuevo en lo que concierne a un pasado dolorosamente marcado por la indiferencia, el odio y la violencia. Pensemos por ejemplo en las Guerras de Religión tan duras en el pasado francés, aunque también se dieron en otros países. Este clima nuevo se traduce en relaciones de confianza y apoyo mutuo a todos los niveles, tanto entre los fieles como en la jerarquía. En adelante es corriente y se considera normal, invitarse por ambas partes, a los sínodos y asambleas, lo mismo que se ha hecho habitual trabajar juntos por la caridad y las grandes causas sociales. Incluso a menudo –y es el caso en Francia con el CCEF (Consejo Cristiano de Iglesias en Francia) –las Iglesias se esfuerzan por hablar con una misma voz ante las autoridades públicas. Esto no siempre es fácil, pues si la fe es común, los reflejos y las sensibilidades en materia social y política

pueden ser divergentes. Los resultados obtenidos son espectaculares: ¡un católico que volviera tras cincuenta años de ausencia jamás lo hubiera creído! A pesar de las divergencias reales y del peso de la historia, a pesar del pecado de los hombres y los repliegues respectivos, hoy existe verdaderamente el sentimiento muy profundo de pertenecer a la misma y única Iglesia Cuerpo de Cristo, a través de la diversidad de las figuras históricas de la Iglesia. Tal convicción merece ser reconocida: constituye a mi modo de ver, una de las mayores riquezas que los cristianos del siglo XX habrán dejado a sus sucesores. Nos corresponde obrar de tal manera que esta luz, todavía frágil, no se apague debido a nuestra negligencia o a un escepticismo vehiculado demasiado a menudo por los medios de comunicación y por los que no tienen otro criterio de juicio más que las apariencias felizmente engañosas.

3. En efecto, hoy podemos constatar un cierto debilitamiento del movimiento ecuménico, que mucho lamentan los pioneros posteriores al Concilio. Sin embargo hay que relativizar este sentimiento y mirar la situación ecuménica en relación con otros sectores de la actividad eclesial, igualmente vulnerables en el contexto social y cultural de hoy. Vamos señalar sin embargo algunas de las causas que puedan explicar esta relativa decadencia del diálogo ecuménico:

a) En primer lugar, la dificultad del diálogo ecuménico, una vez superado el estadio del trato amigable. Era en realidad bastante fácil y en todo caso muy gratificante encontrar juntos los caminos de la amistad; ahora que esta primera etapa se ha franqueado, es evidentemente mucho más duro afrontar juntos las cuestiones de fondo que nos han opuesto mucho tiempo y que continúan separándonos. Esta tarea de clarificación y profundización exige la contribución de especialistas; para ser honrado, pienso que el trabajo deberá tomar todavía mucho tiempo. Por consiguiente se comprende que esto pueda desalentar a los fieles en espera de resultados concretos y que, decepcionados tengan que esperar todavía mucho tiempo los signos de la unidad esperados, con legítima impaciencia.

b) Después, la tentación del repliegue en la propia identidad, característica de las sociedades post-modernas, presa de los efectos contrapuestos de una globalización o mundialización susceptible de desdibujar las referencias indispensables en la vida social. Desde el momento en que una pusilanimidad tal afecta a todos los ámbitos – pensemos en las dificultades de la Unión Europea o, todavía más grave, en el despertar etnocéntrico sensible en muchos lugares-, no es extraño que también afecte a las grandes religiones y más particularmente en el seno del cristianismo, a las Iglesias separadas. Es evidente que en este comienzo del siglo XXI, los grandes ideales unitarios se ponen en tela de juicio: no hay razón para que el ecumenismo se libere totalmente de esta crisis (que esperamos sea pasajera)

c) Por positivo que sea, el incremento reciente del diálogo interreligioso, tiende a ocultar el movimiento ecuménico, que se considera poco eficaz y demasiado particular. En efecto, puede parecer más urgente abrir el diálogo con las grandes religiones no cristianas: verdaderos desafíos geopolíticos, principalmente en el caso del Islam, llaman a intensificar tales relaciones. Por otra parte, la banalización de los viajes intercontinentales y la importancia de los fenómenos migratorios, tienen por efecto sensibilizar la opinión hacia tradiciones religiosas, que producen un real desconcierto espiritual. Al lado de esto, el diálogo interno en el cristianismo puede parecer más limitado, en todo caso menos urgente, incluso demasiado poco exótico. Es cierto que desde un punto de vista cristiano clarificado, es evidente que los dos diálogos, interreligioso e inter-confesional, son indispensables e indisociables, pero a corto plazo, nos podemos ver tentados de señalar prioridades. En este caso, es grande el peligro de olvidar la exigencia ecuménica.

d) Por último, la coyuntura geopolítica actual acentúa ciertos efectos negativos, que tienen por efecto ralentizar, incluso detener temporalmente algunas tentativas de diálogo comenzadas hace algún tiempo. Muy particularmente, el hundimiento del imperio soviético hace ya veinte años, ha permitido la emancipación de muchos países, felizmente convertidos en dueños de su destino. Por eso, sus Iglesias

entraron en un largo proceso de reapropiación de su historia y de redefinición de su posición social y cultural. Por consiguiente, no es extraño que tal renovación interior haya exigido una pausa en el diálogo exterior. Algo similar sucedió sin duda en el momento de la descolonización, para las Iglesias que en adelante quedaban a cargo de su propia identidad, dentro de identidades nacionales inciertas ellas mismas. Una cosa es segura: la inseguridad o la duda sobre si mismo no favorecen nunca el diálogo con el otro; las mutaciones considerables aparecidas en nuestro mundo estos últimos años, pueden ralentizar los trabajos de diálogo, iniciadas, por una parte, con el espíritu de reconstrucción consecutivo a la segunda guerra mundial y característico de los años de crecimiento occidental, justamente contemporáneos del Concilio Vaticano II y de su gran optimismo.

4) Cualesquiera que sean las dificultades presentes y teniendo en cuenta los efectos de moda a los que de todos modos hay que hacer frente, el diálogo para la Unidad de los Cristianos no es, en manera alguna, opcional o facultativo. De ello depende incluso la identidad misma de la Iglesia, según la enseñanza de Jesús, tal como nos ha sido transmitida en el evangelio según San Juan. Los exégetas e historiadores del cristianismo primitivo están hoy convencidos de que la misma comunidad Joánica sufrió intensamente una crisis interna que puso en riesgo la unidad del grupo inicialmente reunido en torno al Discípulo amado. Así, alimentada por su desafortunada experiencia, la comunidad del cuarto evangelio comprendió mejor que nadie hasta qué punto la preocupación por la Unidad podía estar en el centro mismo del pensamiento y de la voluntad de Jesús, hasta el punto de hacer de ella su última y decisiva oración (capítulo 17), en cierto modo la última palabra del «testamento» dejado así a los discípulos. Por tanto no hay que tener ninguna duda sobre la urgencia y la necesidad del diálogo ecuménico. En efecto, a lo largo de la historia y todavía hoy, según la diversidad de situaciones regionales y de modelos eclesiales, han podido existir – y continúan existiendo – múltiples orientaciones pastorales, plenamente legítimas pero dependientes de un lugar y de un determinado momento. No es el caso de la acción ecuménica: ésta resulta de la voluntad expresa de nuestro Señor Jesucristo, en la hora misma de la Cruz. Y esto por dos razones: la primera razón – propiamente teológica y fuertemente afirmada por Jesús – se refiere al misterio mismo de Dios, que no es uno sino a través de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu; la segunda razón – más estrictamente pastoral pero igualmente mantenida por Jesús – reside en el hecho de que no habrá credibilidad en el anuncio del evangelio si los misioneros y testigos de la Palabra no están ellos mismos tan estrechamente unidos como el Padre y el Hijo.

No voy a leer ante ustedes la oración sacerdotal de Jesús en el capítulo 17 de San Juan. Solamente les invito, hermanas, a retomarla cada vez que se sientan tentadas a dudar, si no del interés a largo plazo, al menos de la urgencia de poner en marcha todos los medios posibles para apresurar el advenimiento de la Unidad entre hermanos cristianos separados, en el nombre mismo de la Unidad perfecta del Padre y del Hijo, y al servicio de la Misión: «¡Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, a fin de que el mundo crea que tú me has enviado!» (Jn 17, 21). Por supuesto, la referencia al misterio de Dios trinidad prohíbe confundir unidad y uniformidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu son tanto más distintos cuanto que son absolutamente Uno; tal es el misterio de Dios, al cual todas las Iglesias Cristianas están llamadas a conformarse, sin que las grandes Iglesias se crean con autoridad para imponer su punto de vista, sin que las pequeñas Iglesias se imaginen con derecho a cultivar su particularismo. Tal fe trinitaria es la razón de ser del movimiento ecuménico; la prioridad misionera es también su primer objetivo. Fue Jesús quien tuvo la iniciativa de unir así fe trinitaria y actividad misionera: estas dos dimensiones de la identidad cristiana son para nosotros muy valiosas y, de todo corazón, intentamos vivir en un mismo movimiento la fe en Dios Padre-Hijo-Espíritu y el servicio de la Misión en todos los pueblos. Ahora bien, Jesús nos da la clave para articular estas dos dimensiones: es precisamente la Unidad de los Cristianos, cierto que es una unidad herida por la historia, pero una unidad en vías de reconstrucción, según la perspectiva del movimiento ecuménico.

5. Como toda realidad teológica – es decir referida al misterio mismo de Dios – la Unidad de los Cristianos no puede contentarse con modelos humanos, tomados de la experiencia de las sociedades terrestres. Así, se dice a menudo que la Iglesia no está llamada a ser ni una monarquía, ni una democracia, ni cualquier otra figura sociopolítica, aunque pueda también recibir enseñanza de la experiencia adquirida por las sociedades humanas. De este modo, para no hablar más que de la Iglesia Católica, un poco más de democracia le sería útil a veces y podría ayudarle a vivir mejor el principio de colegialidad, precisamente reafirmado en Vaticano II. Lo mismo ocurrirá con el diálogo ecuménico. El objetivo no es hacer concesiones, con las que nos entenderíamos sobre el mínimo común, con el sentimiento doloroso de un empobrecimiento de cada tradición confesional. De esta caricatura de ecumenismo nadie quiere oír hablar hoy. Sería renegar por una parte de la experiencia propiamente espiritual, adquirida por cada Iglesia a lo largo de su historia y a menudo conforme a una intuición profundamente evangélica. No, el diálogo ecuménico no es un regateo, cuyos resultados serían simplemente unas concesiones mutuas, que se vivirían con un sentimiento de frustración, incluso de culpabilidad con relación a los tesoros de la Tradición así abandonados.

A la inversa de esta cultura de concesiones desafortunadas y necesarias a la vez, el diálogo ecuménico constituye más bien una llamada recíproca a la conversión, es decir, un esfuerzo común por volver a centrarse en el corazón de la fe, o lo que es lo mismo en la persona de Cristo y el misterio de Dios revelado en Él. Ciertamente, cada Iglesia se compromete a escuchar a las demás Iglesias, a recibir por tanto como pertinentes las cuestiones que le son propuestas a través de expresiones teológicas, de formas litúrgicas, de modelos comunitarios, de compromisos éticos distintos a los que cada Iglesia está habituada, por su propia Tradición. Así interpelada por las otras, cada iglesia está invitada a verificar en qué es fiel al evangelio su propia Tradición y en qué se aparta de él, no para abandonar lo que constituye su riqueza particular sino para regular sus formas de expresión, en nombre de lo esencial, según la perspectiva llamada de la «jerarquía de verdades». Tomando la imagen de un círculo donde cada Iglesia se encontraría en un punto de la circunferencia, se puede decir que el diálogo ecuménico no debe en principio tener lugar en el exterior del círculo, de forma superficial, como si se tratara de concesiones adquiridas al precio de amargas negociaciones. Por el contrario, es recorriendo el radio que la une con el centro – es decir con Cristo – como cada Iglesia se aproximará de su vecina: en efecto, cuanto más se aproximan del centro los radios, más se reduce la distancia que los separa. Esto es el ecumenismo: caminar juntos hacia Cristo, aceptando ser interpelados los unos por los otros, y por esto mismo encontrarse misteriosamente próximos los unos de los otros...

Naturalmente, un progreso tal no se puede hacer solo, sin una verdadera iniciativa de conversión personal y colectiva. De hecho, esto pasa también por un método de trabajo, practicado en numerosos grupos comenzando por el Grupo de “Dombes”. La búsqueda llevada a cabo juntos, sobre tal punto de división grave, tendrá interés en respetar las etapas siguientes:

a) relectura concertada de la historia común, con una atención especial a los momentos de crisis y de ruptura, a fin de evaluar mejor las causas y la naturaleza de las divisiones sufridas aún hoy;

b) profundización de las cuestiones controvertidas, primero a la luz de la Escritura releída de común acuerdo, después en lo que concierne a las tradiciones teológicas a la vez comunes y plurales;

c) búsqueda concertada de las vías posibles de acercamiento, de modo que las diferencias no se tengan ya por separadoras sino que puedan ser vividas en comunión, con motivo de una diversidad plenamente legítima. Nos encontramos entonces comprometidos en la vía de lo que se llama la búsqueda del «consenso diferenciado», es decir el hecho de verificar si expresiones diferentes de la fe no serían, en ciertos ámbitos, perfectamente compatibles con la unidad misma de la fe. A título de ejemplo, a tal conclusión ha llegado la famosa declaración de 1999 entre Católicos y Luteranos, relativa a la justificación,

que estaba hasta entonces considerada como el principal escollo entre la teología católica y las posiciones de la Reforma protestante. La ventaja de este método, es que nadie tiene el sentimiento de perder su alma: cada uno tiene la seguridad, no sólo de permanecer fiel a sí mismo, sino de haber crecido en fidelidad, por el hecho de haber centrado mejor su fidelidad en Cristo mismo, además con la certeza de haber progresado en la unidad con los hermanos cristianos procedentes de otras tradiciones confesionales.

Comunión interna en la Iglesia, movimiento ecuménico, diálogo interreligioso: estos tres ámbitos son de hecho inseparables, aun cuando conviene distinguirlos, a fin de no descuidar ninguno... Se trata siempre, no tanto de hacer cosas como de ponernos en actitud de acogida, sobre todo en el caso del ecumenismo. Está claro, según la intuición de Padre Couturier, que la Unidad llegará cuando Dios quiera y por los medios que Él quiera. Por tanto no hay por qué planificar el movimiento ecuménico como si se tratara de una política puramente humana. Se trata por el contrario de no dejar pasar ninguna ocasión, ya sea simplemente de orden simbólico, ya sea a través de diálogos ajustados, iniciativas osadas, decisiones maduras. En materia ecuménica más que en otros terrenos, es de temer que las ocasiones perdidas no se repitan, al menos de forma inmediata ya que en último término es Dios y solo Él quien conduce el movimiento hacia la Unidad. Por eso conviene recordar – siguiendo al Padre Couturier, como recientemente ha confirmado el cardenal Kasper – la urgencia y la prioridad de un «ecumenismo espiritual», eso sí preocupado por actuar y capaz de enunciar proposiciones audaces y proféticas, pero ante todo animado de una verdadera disposición para vivir la permanente y tan exigente conversión a la Unidad, con lo que eso supone de muerte a la propia voluntad de poder, no solamente personal, sino eclesial y confesional, lo que – reconozcámoslo – es aún ¡más difícil! Se trata nada menos que de cambiar la mirada sobre sí mismo y sobre el hermano cristiano, sobre la propia iglesia y sobre la Confesión del otro, incluso sobre la idea misma que podemos formarnos de la voluntad de Dios y de los medios a poner en práctica para acogerla y conformarnos a ella.

Vemos la exigencia espiritual de tal perspectiva. Me parece también susceptible de sustentar y dinamizar un proyecto de vida consagrada, al servicio de la Misión. Por eso, Hermanas, me permito confiar a su oración y su trabajo apostólico la gran obra de la Unidad de los Cristianos. Quizá mi exposición les haya parecido excesivamente centrada en las realidades europeas. Sin duda es el desafortunado efecto de mi propia particularidad francesa y les ruego me disculpen por ello. Me pregunto sin embargo, si esta referencia europea no es inevitable en este ámbito. En efecto, es precisamente el mundo mediterráneo y más tarde Europa quienes han producido las divisiones eclesiales, las de Oriente antiguo, después la separación entre griegos y latinos, finalmente las múltiples rupturas heredadas de la Reforma del siglo XVI. También es Europa la que, en el siglo XX, ha creado el movimiento ecuménico, como respuesta bastante tardía a las divisiones religiosas y a las rupturas engendradas a lo largo de su historia. Es también Europa la que ha extendido la fe cristiana en el mundo, al precio de un esfuerzo misionero considerable, sobre todo en el siglo XIX. Pero – he aquí la desgracia – al propagar el evangelio, Europa ha exportado también sus propias divisiones confesionales que se han convertido hoy en el destino de todos los cristianos, en todos los continentes con, desde hace algún tiempo, una multiplicación de las denominaciones cristianas, a merced del talento propio de las diversas culturas. Ciertamente, la proliferación de nuevas Iglesias, llamadas evangélicas o pentecostales, constituye una nueva prueba para el ecumenismo: con demasiada frecuencia la adhesión exclusiva al líder, la reivindicación étnica exacerbada, la ausencia de reflexión teológica y la primacía de la emoción, incluso el recurso a métodos de evangelización poco respetuosos del otro (lo que se llama de forma negativa, el proselitismo), hacen difícil y a menudo imposible el diálogo desinteresado y el encuentro fraterno. No perdamos el ánimo: la historia del movimiento ecuménico atestigua conversiones imprevisibles y evoluciones humanamente impensables. Sin duda ocurrirá así un día con las nuevas Iglesias, cuyo dinamismo por otra parte puede ser una llamada, no a reproducir lo que en ellas es discutible, sino a convertir desde el interior nuestras prácticas eclesiales, sin duda aún demasiado jurídicas y muy poco atentas a la expresión espontánea de las personas y de las culturas. De todos modos,

en ecumenismo como en la Misión en general, no se eligen los interlocutores: se reciben de Dios como un don y una provocación a vivir nosotros mismos una mayor fidelidad al evangelio. Éste es pues también el primer desafío del diálogo ecuménico.

En resumen, hoy más que nunca, el ecumenismo se ha convertido en un asunto planetario: entre «profecía» (atreverse a actuar y tener iniciativas de avanzada sobre la situación ordinaria) y «esperanza» (mantenerse firme en la espera de la Unidad como don de Dios y convertir nuestra vida eclesial en el sentido de esta promesa), el movimiento ecuménico hay que vivirlo «ahora» (es decir, en el corazón de las realidades de hoy, que ya no son las de los años fáciles del ecumenismo, por ejemplo para nosotros Católicos los que siguieron inmediatamente al Vaticano II) y «por todas partes» (no solamente en Europa, sino de forma incluso más urgente en las nuevas iglesias y los antiguos países de misión, sobre todo allí donde el cristianismo es muy minoritario). De este modo me atrevería a decir, como conclusión, que el movimiento ecuménico es también, en cierta manera, a la imagen de su Asamblea General, ¡tan diversa y sin embargo tan unida!

Padre Yves Marie BLANCHARD

Profesor de la Facultad de Teología y Ciencias religiosas

y miembro del grupo de las Dombes

PADRE G.GAY, SUPERIOR GENERAL

Homilía del 4 de junio de 2009

La luz de Pentecostés

En la Eucaristía de hoy, nos centraremos en la experiencia de luz que tuvo santa Luisa en Pentecostés de 1623, y que acabó con la gran confusión, lucha y sufrimiento que ella tenía, resultando de todo ello una convicción más profunda del amor que sentía por Dios y por el prójimo. Dice que “fue durante la Santa Misa cuando su mente fue aclarada de las dudas... vendría un tiempo en el que estaría en un estado de hacer voto de pobreza, castidad y obediencia, y que esto sería hecho con personas que harían lo mismo. Me vi entonces en un lugar dónde socorrer y asistir a mi prójimo”.

Esta crisis que Luisa experimentó, corriente en las vidas de quienes luchan por darse del todo a Dios y al prójimo, expresa lo esencial del gran mandamiento que el Señor Jesús dio y que hemos oído proclamar en el evangelio de hoy.

En esa semana tan crucial en su vida, entre la Ascensión y Pentecostés, fue sacada del abismo de la desesperanza, por un Dios en quién, según pensaba, ya no creía. Como ella dice claramente, fue debido a una gracia concedida por la intercesión del Bienaventurado Obispo de Ginebra y gran amigo de Vicente de Paúl, Francisco de Sales.

Como Hijas de santa Luisa y seguidoras de Jesucristo, están llamadas a darse totalmente al Señor: es decir con toda su alma, con toda su mente, con toda su fuerza y a amar a su prójimo como a ustedes mismas. Este es el compromiso que hacen con Dios, este es el compromiso entre ustedes; este es el compromiso que hacen con otros miembros de la Familia Vicenciana. Es sobre todo el compromiso que hacen con aquéllos que viven en pobreza.

Como dice el Evangelio, no hay otro mandamiento mayor que este. Si analizamos de cerca este mandamiento que viene del Señor Jesús, vemos que se basa en una relación. Me gustaría dar un paso más y decir que esa relación lleva consigo una relación con Dios, entre unas y otras en la comunidad, con la Familia Vicenciana y con los pobres.

El contexto de la primera lectura del Libro de Tobías, es el de un matrimonio. Si analizamos el matrimonio de una manera simbólica como una relación, lo que se pone de relieve en la Palabra de Dios, puede ciertamente aplicarse de una forma concreta a las Hijas de la Caridad, llamadas a vivir el gran mandamiento del amor.

Permítanme explicarles: la primera lectura empieza con una bienvenida: “¡Saludos a vosotros hermanos! ¡Buena salud y sed bienvenidos!”. Después se comparte una comida y se da a los invitados una cordial recepción. Al vivir el gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo, están llamadas a hacerlo de manera concreta y práctica. Están llamadas a ser amables, acogedoras, no solo con Dios, sino también con los demás, en quienes pueden ver el rostro de Dios cuando comparten en profundidad con ellos el amor que antes han recibido de El. El Libro de Tobías habla luego de los preparativos para el matrimonio. El autor dice que es un “matrimonio hecho en el cielo”.

Los miembros de la Familia Vicenciana, especialmente en el contexto de este 350 aniversario de la muerte de nuestros Fundadores, se están centrando en la especial relación que existía entre Vicente y Luisa, una relación que yo llamaría de colaboración, pero una colaboración que va más allá de ser simplemente

colaboradores en una relación de trabajo. Vicente y Luisa eran dos compañeros que ponían en común las gracias que Dios les había dado, el amor que experimentaban en y a través de Dios, compartiéndolo en profundidad el uno con el otro en sus esfuerzos para servir a los que vivían en pobreza en aquel momento. Sin duda, podemos hablar de una relación sana, del amor de Dios encarnado en el amor que se tenían el uno por el otro y el que tenían con los colaboradores que se les unieron en esta gran misión de servir a los pobres en un tiempo muy difícil de la historia de Francia.

Más adelante en la primera lectura, lo que ayuda a Tobías a superar el destino que otros habían corrido, fue el reconocimiento de la necesidad de hacer de Dios el centro de su vida y de la vida de su mujer. Le dijo a su mujer: “Querida, levántate, recemos y pidamos a nuestro Señor que tenga misericordia de nosotros”. Es esa misma prioridad dada a Dios lo que ayudó a Vicente y a Luisa a tener tan gran impacto en las vidas de tanta gente de su tiempo. Hay aquí un reto para las Hijas de la Caridad, el reto de encarnar este gran mandamiento del Señor Jesús de amar a Dios con todo su ser y a su prójimo como a ustedes mismas, la necesidad de encarnar eso en sus relaciones con aquellos con quienes comparten el servicio, con las hermanas de la comunidad, con otros miembros de la Familia Vicenciana, además de las relaciones que tienen con los que están llamadas a servir.

Dios llama a todos los seres humanos a relacionarse, no solo en el ejemplo del matrimonio, sino a relacionarse viviendo el don del amor que el nos ha dado antes;

-un relacionarse que diferencia entre una vida comunitaria vivida como sus constituciones les piden y una vida comunitaria simplemente superficial;

-un relacionarse con la Familia Vicenciana que sea algo más que este ya tan largo animar de palabra a los responsables Vicencianos a la verdadera colaboración;

-un relacionarse que construya unidad y ayude a establecer la solidaridad con aquellos que viven en mas necesidad;

-un relacionarse que se haga con aquellos de quienes esperamos sean los protagonistas de sus propias vidas, aquellos que viven en pobreza.

Esta relación, o relación de alianza comienza con Dios y termina con Dios.

Pedimos a Dios, que viene a nosotros en esta Eucaristía en la que compartimos el Cuerpo y la Sangre de su Hijo Jesucristo en torno a esta mesa del Señor, que nos estreche los lazos de unas con otras y que la gracia del Espíritu Santo, que iluminó a santa Luisa en ese momento tan significativo de su vida, nos ilumine también, para que otros puedan decirnos, como Jesús dijo al Escriba, “No estás lejos del Reino de Dios”.

Padre Grégory GAY

Superior General

Corta Meditación para el 15 de agosto

Comprobando que Dios hace cosas grandes en ella,
la santísima Virgen, tan humilde, tan pobre y tan poco considerada,

aprende del Espíritu Santo una hermosa sabiduría:
aprende que Dios es un Señor cuya única preocupación es

ensalzar al humillado,
abajar a quien se ensalza,
quebrar lo que está armado,
y curar lo que está herido.

Dios es el único cuya mirada penetra
en las profundidades de la pobreza y de la miseria:
se mantiene cerca de los que viven en los bajos fondos.

¿No encuentras maravilloso el corazón de María?

Ella se siente Madre de Dios,
elevada sobre todos los hombres,
y permanece tan humilde y tranquila
que todo lo que le ocurre, no le lleva a considerar
a la última de las sirvientas como inferior.

El corazón de María deja a Dios cumplir su obra.

Hagamos lo mismo.

Eso será cantar un verdadero Magnificat.

La alabanza de María lleva todo a Dios: ¡“Dios es ensalzado”!

Martin Luther

